

FBI



MORTIMER
CODY

**EL
ESLABÓN
PERDIDO**





© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Pinto (Madrid)
España

Printed in Spain.

D. L. M. 26.219-1973
ISBN 84-04-01785-9

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

MORTIMER CODY

EL ESLABON PERDIDO

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Pinto (Madrid)
España

CAPÍTULO I

EN apariencia, Zach Andregg se encontraba cómodo, relajado, disfrutando de la brisa húmeda, con olor a mar, que penetraba por el ventanal abierto de aquella pequeña «suite» en el «Queen's Hotel», en Andros Town, en la isla de Andros, Bahamas.

Zach Andregg estaba a oscuras, mitigando el calor por el sencillo medio de aligerarse de ropa; se encontraba desnudo de medio cuerpo para arriba. Tenía a mano una tónica con hielo, y fumaba. Todo eso, tumbado, apoltronado, cerca del ventanal, desde el que veía la playa, y una punta del puerto deportiva de la pequeña ciudad.

No obstante, Andregg no se sentía tan cómodo como pudiera desprenderse de su actitud. Por ejemplo, cuando uno está cómodo, no consulta constantemente el reloj de pulsera; tampoco aplasta cigarrillo tras cigarrillo en el cenicero, sin haberlo consumido...

Zach Andregg más bien se sentía impaciente, tenso.

Acabó por ponerse en pie, y dar unos pasos por la «suite»; se detuvo frente a la mesita de noche, sobre la cual había un aparato mudo que causaba la impaciencia de Andregg. Un aparato al que miró intensamente.

—Vamos, ¿qué esperan? —masculló.

Permaneció unos segundos quieto ante el aparato, y luego fue hacia el ventanal, echando un vistazo, de lado, a la zona de primera línea frente al mar, en aquel complejo turístico; de magníficos hoteles, clubs... Respingó, al oír el zumbido del aparato.

Giró, y dio dos pasos; tomó el aparato y admitió la llamada.

—Andregg a la escucha —dijo.

—Hemos terminado, Andregg —se oyó una voz, por el receptor-transmisor.

—Magnifico... Empezaba a temer algo. ¿Alguna novedad especial?

—Nada digno de mención.

—¿Y la... «mercancía»? —inquirió Andregg.

—Bien, por fortuna.

—De acuerdo. Voy a...

—Un momento, Andregg. ¿Qué hacemos con todo esto? —Sigan el conducto reglamentario, teniente. Yo no puedo ocuparme ahora de los detalles; tengo aún cosas que hacer. Cursen informe a Washington, y, en todo caso, soliciten instrucciones.

—Lo haremos así... ¿Podemos ayudarle en alguna otra cosa, Andregg?

—No creo..., de momento. Su colaboración ha sido espléndida, teniente.

—¿No nos veremos?

—Llamen a Washington y pidan instrucciones. Es todo.

—Como quiera...

Zach Andregg no esperó más. Cortó la comunicación, y empezó a moverse por la estancia, sin necesidad de encender la luz. Lo primero que hizo fue desarticular el receptor-transmisor, y guardarlo. Luego, se puso una holgada camisa, por fuera, estampada. Lo suficientemente holgada como para que no fuese notado el bulto que sobre el costado izquierdo hacia su automática.

Por último, se encaminó hacia la mesita donde se encontraba el teléfono; encendió una luz auxiliar para ver bien el disco, y marcó un número. Le respondió una voz femenina, y Zach Andregg solicitó a un tal Honkala al aparato. Segundos más tarde, oía la voz de Honkala.

—Soy Honkala, diga...

Andregg esbozó una sonrisilla, al captar el tono impaciente de aquella voz. Por lo visto, no sólo él había sentido el especial cosquilleo nervioso aquella noche.

—Yo, Honkala —dijo—. Todo en marcha.

—¿Por qué han tardado tanto en avisarme?

—Todo se resume con una sola palabra: prudencia. ¿Lo comprende? —dijo Andregg.

—Bien... No importa. Entonces, puedo ya salir de aquí, del hotel.

—Desde luego. Ahora mismo.

—¿Y usted?

—Nos veremos en el muelle. Le indicaré cuál es su lancha. Y asunto concluido.

—Ya empezaba a ponerme nervioso... Es la primera vez que ocurre esto...

—No perdamos tiempo, Honkala. Le espero en el muelle.

—Bien.

Zach Andregg colgó el teléfono. Instantes más tarde, abandonaba la pequeña «suite», y bajó al «hall» del hotel, casi solitario en aquellos momentos; llegaba, sin embargo música proveniente de la pérgola, donde se centraba la animación. También había algunas parejas por el jardín; asimismo, las cercanas playas estaban llenas de sombras, junto a los cocoteros, o incluso dejándose recortar con los pies en el agua mansa, de olas sin fuerza, en la orilla.

Andregg fue avenida abajo, hacia la punta del muelle. A su derecha quedaba el centro de la zona turística, con aquella apariencia de tablero luminoso, con variación de colores, a intermitencias. Andregg se apostó detrás de unas barcas cubiertas con lonas, que estaban sobre el cemento, encaradas hacia el gran muro del paseo marítimo.

Esperó sólo unos cinco minutos. Vio avanzar a aquel hombre; en solitario. Un tipo un tanto raro; por lo menos, no parecía existir la necesidad de usar gafas de sol en plena noche. Un hombre rechoncho, de cráneo calvo, y bien recortada barba. Andregg le contempló unos instantes, con una rara expresión, antes de salir a su encuentro.

Por fin lo hizo. El tal Honkala, al verle, se acercó a él.

—¿Habrás más operaciones? —inquirió Honkala.

—¿Por qué no? Todo estriba en saber si ambos hemos quedado satisfechos con el trato, Honkala.

—Por mi parte, sí.

—Lo celebro... Ahora, váyase. El barco está frente a Fresh Point hacia el norte de la isla. Sólo le están esperando a usted; por tanto, pueden zarpar en cuanto llegue; calculo que será dentro de veinte minutos.

—¿Cuál es mi lancha? —inquirió Honkala.

—La tiene ahí delante.

Andregg hizo un gesto con la barbilla, señalando hacia las aguas del muelle. Honkala contempló unos instantes la esbelta lancha, que zozobraba apenas, destacando sobre la negra y brillante superficie del mar.

—De acuerdo...

—Dese prisa, Honkala —dijo Andregg—. Velocidad a tope. Cuando antes llegue, antes zarparán.

Honkala, entonces, tendió la diestra a Andregg. Éste, en aquel momento, fingía mirar hacia otro sitio, ignorando aquella mano gordezuela, con bastante vello oscuro. Honkala, un poco ceñudo, retiró la mano, y sin pronunciar, una sola palabra más se encaminó hacia la lancha. Ni siquiera se volvió. Sólo lo hizo cuando estuvo sobre la lancha, frente a los mandos. Pero ya no vio a Andregg.

Honkala se encogió de hombros, y manipuló con los mandos; la lancha respondió a la perfección, con un ronquido, y saltó hacia adelante, con fuerte rumor, que se iba alejando, del mismo modo que quedaba atrás la estela blanca sobre la superficie del mar.

Andregg, con rostro inexpresivo en aquellos instantes, volvió a su puesto de observación, detrás de las barcas. Su mirada estaba fija en el mar, a lo lejos, sin ver absolutamente nada, como no fuesen reflejos producidos por el movimiento de las aguas, en combinación con la luz de la luna.

Andregg realizaba, mentalmente un cálculo. Según tal cálculo, no pasarían treinta segundos más...

... Veintisiete, veintiocho...

Entonces.

A lo lejos, sí. Fue un tremendo resplandor, que apareció de súbito. La explosión, asimismo, fue audible, aunque sorda, lejana. Una bola de fuego se había alzado hacia el cielo, para luego expandirse, convertirse en humo, y caer con rapidez. Aún se veía un poco de fuego sobre el mar; unas llamas que iban desapareciendo.

Zachary Andregg meneó la cabeza. Mala suerte la del tal Honkala. Había sido un olvido imperdonable el de Zach Andregg, al no decirle que con el tope de velocidad de la lancha había conectada una bomba...

Sí, un olvido imperdonable...

Zach Andregg, unos segundos después de producirse la

explosión, abandonaba su escondite, y caminaba hacia unas escaleras montadas al aire, que conducían al paseo marítimo. Caminó, alejado de la baranda, del mirador al mar, y no se detuvo hasta encontrar una cabina telefónica. A Zach Andregg no parecía interesarle cierta agitación que se producía en el puerto deportivo; obviamente, había sido detectada la explosión, y vistas las llamas.

Andregg a lo suyo; metió las monedas, y marcó un número. Le respondió una voz ronca, cauta:

—¿Quién es?

—Honkala, y quiero hablar con Parrott.

—¿Honkala? ¿Y...?

—Estoy nervioso, no quiero perder tiempo.

Andregg había cortado con brusquedad; el tipo de la voz ronca pidió:

—Un momento, Honkala...

Andregg esperó, con una sonrisilla, algo entornados los ojos. La voz que esperaba no tardó en oírse:

—Maldita sea, Honkala... ¿qué juego es el suyo?

—Eso quería preguntar yo, Parrott —gruñó Andregg, con una imitación más que aceptable de la voz de Honkala.

—¿Preguntar usted...? Oiga, Honkala, hablemos claro, y...

—¡A eso me dispongo! ¿Qué está ocurriendo con el buque?

—Absolutamente nada. Yo sólo esperaba hablar con usted, y decirle que todo está listo.

—¿De veras? Dígame, entonces, ¿por qué el buque está siendo registrado?

—No sabe lo que dice... —Se oyó el susurro de Parrott.

—Muy bien. Le sugiero que lo compruebe. Mande a su gente a ver qué sucede, Parrott. Es urgente, por supuesto. No aguardaré más de un par de horas sus explicaciones al respecto. De no satisfacerme, olvídeme. Y no se moleste en localizarme; yo le llamaré a usted.

—Espere, Honkala, espere... ¿Cómo sabe usted eso? Me refiero a que están registrando el buque... No es lógico que lo sepa...

—Una cosa es lo que usted me diga que debo hacer y otra cosa muy distinta es que yo lo haga; ante todo, son mis conveniencias. ¿Lo entiende ahora? Y no perdamos tiempo con eso; mande a su gente, y que se enteren de lo que está ocurriendo.

—Bien...

—Le llamaré.

Andregg colgó el teléfono.

Luego, salió de la cabina, como dando un paseo, sin aparente prisa.

Era un bonito club, con el único inconveniente de que era cerrado, si bien el aire acondicionado suplía el fresco de la noche, subsanaba el defecto. Un club de pequeña entrada, pero el local era bastante amplio, con una decoración lujosa; escaso de luz, claro está, y con la música un poco alta para el gusto de Andregg.

Aquella visita al club, Andregg la realizaba tras haber tomado sus precauciones; la vigilancia que había ejercido sobre la salida le indicó que el camino estaba libre. Parrott había caído en la trampa, y había hecho salir a su gente, para ver qué era lo que estaba ocurriendo.

Zach Andregg, satisfecho, vio salir a cuatro tipos, que se dirigieron hacia el «*parking*»; los cuatro en un coche. Andregg les despidió con una mueca irónica, y luego penetró en el club.

La gente bailaba en la pista circular, con ambiente sicodélico, en espera de que empezara el espectáculo. La barra estaba bastante concurrida, y serios camareros impecablemente uniformados iban y venían.

Zach encendió un cigarrillo, y se acercó a la punta de la barra más cercana a las interioridades del club. No advirtió vigilancia alguna ni señales de que Parrott estuviera nervioso. Un ambiente normal; como el de cualquier noche, en aquella isla feliz.

Fingiéndose acercarse a los lavabos, era fácil introducirse por aquella puerta, sobre la que había una cortina granate. Fue cuestión de un minuto. Zach se encontró en un pasillo, con apliques en las paredes, que iluminaban aquel tramo corto y ancho. Desde allí, no era difícil adivinar tras qué puerta se encontraba Parrott. Se filtraba un poco de por debajo; era la única.

Zach se acercó, y tras observar un instante a los lados, abrió la puerta, y se coló en el interior de aquella estancia; no empleó la menor brusquedad. Cerró a continuación, empleando el pestillo del pomo. Y miraba a Parrott, que se estaba poniendo en pie, ceñudo; un ceño negro y espeso, con toda la apariencia de las alas extendidas de un murciélago.

Parrott era un tipo... redondo; redondo y sudoroso..., pese al aire acondicionado. O, quizás, el brillo de su cara se debiera a una súbita tensión, al ver avanzar a Zach.

—¿Quién es usted? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? —masculló Parrott.

—He prescindido del protocolo —sonrió Zach—. Siéntese, Parrott; está en su casa.

—Muy gracioso. Voy a llamar a...

—No llame a nadie; no toque nada de encima de la mesa, quiero ver sus manos juntas, ante usted. Extendidas, eso es...

El rostro redondo y pálido de Parrott iba perdiendo color. Su mirada estaba fija en aquel tipo atlético, bronceado por el sol, que tenía ante él, amenazándole con la automática. Y cuando Parrott quedó quieto, tras obedecer a Zach, éste enfundó el arma.

—¿Quién es usted? —musitó Parrott.

—Ya que se empeña, voy a complacerle, Parrott: soy Zach Andregg, agente especial del F. B. I.

Parecía que el lenguaje se había borrado de la mente de Parrott. Daba la impresión de que jamás podría volver a pronunciar una palabra.

—Creo que le he sorprendido mucho, Parrott. Pues aún voy a asombrarle un poco más.

Parrott parecía un pez boqueante, pero por fin consiguió articular:

—Del

F. B. I.

¿Y quién cree que es usted aquí, y qué se propone? No tiene autoridad, ni tiene...

—Es una pequeña licencia que me concedo, Parrott. Pero déjeme seguir sorprendiéndole. Le llamó Honkala hace unos minutos, ¿verdad?

—Podría ser...

—Fui yo —sonrió Zach.

Parrott empezaba a retirar las manos; dejaba una doble huella húmeda en el tablero de su mesa. Por lo demás, otro detalle, magnífico detalle, además, que había observado Zach, era que aquel despacho estaba insonorizado. De todos modos, Zach prefería seguir

manteniendo sus ventajas, y ordenó, con tono seco:

—Deje las manos quietas, Parrott. He trabajado aquí mucho, y bien hasta ahora. Fue una confidencia que ha sido confirmada en todos sus puntos. Yo le llamé fingiendo ser Honkala, pero es cierto lo que le dije: el barco ha sido detenido, registrado..., y la «mercancía» está descubierta. En cuanto a Honkala, le engañé con toda facilidad; le he enviado al infierno... Honkala no volverá a ser intermediario de la más cochina operación que puede inventar un perro como usted... aunque aclaremos eso.

—No creo una palabra de lo que dice...

—Piense un poco, Parrott. Le llamé fingiendo ser Honkala por una sola razón: para que usted, alarmado, hiciera salir a su gente de aquí. Ahora estamos a solas... ¿No es magnífico? Como yo decía, vayamos por partes: usted es sólo un enlace. Creo que el jefe del negocio se encuentra en Estados Unidos. ¿Voy bien Parrott?

—No sé de qué me habla...

—Sólo tiene que decirme el nombre de ese personaje que en Estados Unidos mueve los hilos del negocio. Es la pieza de mayor interés para nosotros. Hasta ahora, hemos desbaratado una operación, y asestado un buen golpe a la organización de ustedes. Sería un trabajo incompleto, casi inútil, si no lográsemos llegar hasta el cerebro del negocio. Me he explicado con toda claridad, ¿no es así?

—No conozco a nadie... Y usted se está tomando atribuciones que no le corresponden. Me está hablando de cosas que ignoro...

—Ha debido olvidarlas, Parrott. Intentaré devolverle la memoria.

Zach Andregg, que había estado jugueteando con pisapapeles de mármol, bastante pesados, con agudas aristas, descargó, de improviso, un durísimo golpe con el objeto sobre la mano derecha de Parrott; una arista le desgarró casi todo el dorso de la mano, y Parrott, con un grito, muy abiertos los ojos, se miraba la mano, que empezaba a llenarse de sangre. Antes de que se hubiera rehecho de la impresión, del dolor, el objeto cayó de nuevo sobre él aquella vez, sobre la mano izquierda; casi le cortó un dedo.

Parrott, desesperado, quiso retirar las manos, y lanzarse hacia atrás, pero el hombre del
F. B. I.,

alargó sus largos brazos, con sendas garras durísimas al final, y atrapó a Parrott por las solapas de la blanca e impecable chaqueta; e mantuvo quieto, pegado al borde del escritorio, mirándole con frialdad, con una fijeza hipnótica.

—Sólo quiero ese nombre, Parrott. Sí reflexiona, comprenderá que no vale la pena callar. Ustedes son así: en el momento de caer, no lo hacen solos. Anímesese. Que caigan todos... Vamos, anímesese... ¿Por qué ha de caer usted solo? No es el máximo responsable, ¿verdad? En Estados Unidos, alguien se sentiría muy feliz si pudiera contemplar esta situación. Un nombre, Parrott. ¿Bien?

Le soltó.

Parrott jadeaba.

Se miraba las manos llenas de sangre; no se atrevía a retirarlas.

—Está solo aquí, Parrott. Su gente está lejos; el barco detenido, ocupado... —Machacó Zach—. Nadie acudirá en su ayuda. Nadie... Y entre usted y yo, es claro: yo soy el amo...

Y Zach sonreía; una mueca mordaz.

Parrott, al parecer, no creía aún en la total catástrofe que le anunciaba aquel hombre. Se resistía a la idea; estaba aturdido, el cerebro nublado por el dolor y la incredulidad.

Cuando vio levantar la diestra de Zach, que seguía con el pesado pisapapeles, se estremeció.

—Espere... —pidió, roncamente.

—Sólo unos segundos, Parrott.

—Como usted ha dicho, yo no soy el máximo responsable...

—No nos repitamos; dicho está, y es obvio. Diga lo que me interesa saber.

—El negocio, en realidad...

—No perdamos tiempo, Parrott: ¿quién es el amo de la organización? Un hombre que vive en Estados Unidos. Por lo visto, allí es invulnerable..., o hace las cosas muy bien. Hemos tenido que salir del país para poder descubrirle. Dígame el nombre.

—S-se... se llama... Frank Merryvale...

—¿Dónde vive?

—En Miami Beach...

—Más datos.

Parrott se removió, nervioso.

—Casi no sé más de él... —dijo—. Es un tipo que no da la cara

jamás... Yo ni siquiera le conozco personalmente; es la verdad. Tenemos frecuentes relaciones, pero nunca personales... Nunca cara a cara. Lo cierto es que a mí no me importaba; yo mismo he considerado a veces que por simple discreción, así es mejor...

—Conocerá, sin embargo, sus señas en Miami Beach.

—Abbott Avenue, Surfside...

—¿Qué más sabe?

—Bien..., él proporciona la «mercancía», y yo me ocupo de lo demás... Recogida, traslado... Hay un aviso convenido, y cuando yo lo recibo, lo preparo todo, a sabiendas de que hay «mercancía» en perspectiva...

—Usted conocerá a los auxiliares de Merryvale en Estados Unidos —dijo Zach.

—No es así... Lo hacen todo con mucho misterio...

Zach reflexionó unos instantes. Seguir sonsacando a Parrott era pérdida de tiempo inútil. Con los datos que poseía era más que suficiente para atrapar al tal Merryvale, y acabar con aquella organización.

Con gesto pensativo, sin mirar a Parrott, el hombre del F. B. I.,

buscó un cigarrillo en el paquete que llevaba en el bolsillo superior de la camisa; luego, lo encendía, con parsimonia.

No obstante, su mirada captó los movimientos de Parrott; no le miró a los ojos, ni al rostro; sólo la diestra llena de sangre de aquel hombre, que, muy despacio primero, y veloz más tarde, desaparecía de encima de la mesa, pasando a un cajón.

El cigarrillo fue escupido por el hombre del F. B. I.,
al rostro de Parrott.

Zach aún hacía algo más; atrapó a Parrott por la muñeca, para realizar un brusco movimiento de torsión, desviando el arma que aquel tipo había tomado del cajón del escritorio. El movimiento de torsión tuvo unas consecuencias que Parrott no hubiera sospechado: Zach le dejó la mano armada junto al cráneo. Parrott, nervioso, nublado, dominado por la fuerza de Zach, apretó el gatillo en el peor momento.

Justo cuando el cañón del arma estaba casi pegado a su sien.

Y apareció el agujero, tras la sacudida que sufrió aquella cabeza

de cráneo calvo, al recibir el fuerte impacto, a tan corta distancia.

Luego, los ojos de Parrott parecían querer huir de las cuencas.

Se desplomó, con el arma colgando en su mano, con el orificio en la sien, con el hilo de sangre que manaba del agujero, y que resbalaba por el rostro...

—Con lo estúpido que es el suicidio... —Gruñó Zach.

Le miró aun unos instantes, y luego se dirigió hacia la puerta. Estaba convencido de que la detonación no había sido oída, pero no pensaba confiarse lo más mínimo; no iba a hacer difícil una cosa sencilla, como era salir de allí.

Y tenía una enorme prisa por llegar a Estados Unidos; un vuelo especial, o cualquier medio rápido...

Tenía una cita en Surfside...

Efectivamente, no había complicaciones para salir de allí.

CAPÍTULO II

LA mujer casi arrastraba los pies a caminar.

Lo miraba todo como si fuese nuevo para ella, cuando en realidad no era así. Se trataba, tan sólo, de un paisaje abandonado por algún tiempo. Y aquél era el regreso. Un regreso tan esperado...

Se llamaba Dorothy Loy. Tenía treinta y dos años, pero aquella tarde, ya oculto el sol, tras dejar la huella roja en el horizonte, Dorothy Loy aparentaba más edad. Era una mujer esbelta, de formas llamativas. Cabello platino, liso, enmarcando un rostro atractivo, con unos ojos muy grandes, verdes, de insondable expresión; podían ocultar algún misterio, un gran secreto, algo interesante, o..., tal vez aquella insondable expresión sólo fuese estupidez; muestra de un cerebro mezquino, rudimentario. Eso es lo más difícil de averiguar mirando unos ojos.

Pero eran bellos, grandes, rasgados... Por lo demás, Dorothy Loy vestía con rara sencillez; un suéter rojo y un pantalón blanco, que estaba algo pasado de moda. A Dorothy, por otra parte, se le conocía alguna arruga. No..., aquélla no era su tez, su piel...

Había bajado del autobús, procedente de Tallahassee, en Miami. De Miami, otra combinación de «bus» la había dejado, tras atravesar la bahía por el North Bay Causeway, en Miami Beach; y de allí a La Gorce Island, donde Dorothy tenía un bonito «Matacumbe», frente al cual se encontraba ya, tras un paseo que más que un sedante resultó ser un depresor de su ánimo.

Pero ya estaba allí. Tenía las llaves del «Matacumbe» en su bolso.

Ya a oscuras; en La Gorce Circle, frente a la playa; tenía delante cocoteros, plantas exóticas, las luces de la avenida...

Parecía muy cansada. Abrió la puerta, y olió a polvo, a

abandono... Lentamente, alzó una mano para encender la luz del vestíbulo; tenía pagadas las cuentas, por lo que debía funcionar... En efecto, se hizo la luz. Dorothy Loy miró en torno; le llamó la atención algo que había en el suelo.

Era un sobre; un sobre vulgar y corriente. Dorothy se acercó, y se inclinó para tomarlo. Aquel sobre debía llevar allí bastante tiempo... Lo tomó. Se extrañó al no ver inscripción alguna; ni destinatario ni remitente; nada, ni una letra. Además, notó que no tenía apenas polvo encima...

Lo abrió.

Su mirada verde, insondable, empezó a mostrar algo; quizás comprensión, reconocimiento de lo que sucedía.

El sobre contenía, según un rápido cálculo de Dorothy, cinco mil dólares. Nada más. Ni una nota, ni una letra... Tan sólo el dinero. Y Dorothy, tras manosearlo un proco, tras reflexionar unos segundos, metió de nuevo el dinero en el sobre, y fue hacia su habitación. Encendió la luz, fue hacia el tocador para dejar el sobre, y quedó allí, en el tocador, retenida por el espejo, como obsesionada por la visión que se reflejaba ante ella.

No; no eran sus líneas, sus formas, lo que había cambiado. Era algo... muy sutil.

Estaba tratando de descubrirlo, cuando un sonido la hizo respingar, y girar, un poco alterada. Total, era el teléfono. Un teléfono lleno de polvo, que estaba sobre la mesita de noche. Había que agradecer también aquel detalle; se encontraba así menos aislada...

Fue hacia el aparato, y lo tomó; su voz apenas fue un susurro:

—Diga...

—¿Dorothy?

Dorothy Loy cerró los ojos un instante.

—¿Dorothy? ¿Eres tú, no me oyes...?

—Sí... Sí, soy yo... Acabo de llegar...

—He llamado varias veces esta tarde...

—¿Por qué no estás aquí? —inquirió Dorothy.

—No me ha sido posible, Dorothy. Lo siento.

—Ya...

—¿Has encontrado el sobre?

—Sí... Gracias por el detalle.

—Pensé que necesitarías dinero... Bien, dime, ¿cómo estás?

—No sé... No sé, Frank. De veras.

—¿No te sientes bien?

—Eso sí... Pero después de casi dos años de cárcel, el primer día de libertad una no sabe bien qué pasa a su alrededor. ¿Comprendes? Todo lo encuentro extraño, empezando por mí misma. Yo..., creía que te vería...

—Lo siento de veras... ¿Qué vas a hacer, Dorothy?

—Es una pregunta extraña... De todos modos, en primer lugar, me ocuparé de mi aspecto. Dos años de ausencia del mundo exterior se notan en muchas cosas... Tendré que ir a algún salón de belleza, y adquirir vestuario nuevo. Eso es lo principal. Hasta cierto punto, es mejor que no me hayas visto ahora, Frank... Sí, mejor. Me ocuparé de mí misma, y ya nos veremos... ¿O tienes proyectos en perspectiva?

—No... No, Dorothy... No sé...

—Frank, te encuentro raro...

—¿Por qué dices eso?

—Creí que sentirías algún entusiasmo por mi libertad, por mi regreso. Por lo menos, sería lo humano.

—¿Y crees que no me alegro?

—Ésa es una frase muy tibia; muy convencional.

—Vaya... Has regresado muy susceptible, Dorothy.

—Tal vez. Pero dime: ¿qué te ha impedido verme hoy, ahora? ¿Qué te impide venir a mi casa?

—Asuntos, Dorothy...

—¿Qué asuntos?

—Mira...

—¿Otra mujer, Frank?

—Dorothy, no es momento de discutir; y menos por teléfono. Creo que en verdad estás excitada, nerviosa... Es una idea magnífica lo de tu vestuario nuevo, y modernizar...

—Pero hay cosas viejas que no tenían por qué cambiar, Frank.

—Nada ha cambiado, Dorothy, de veras...

Dorothy Loy apretó los labios; había percibido el mal disimulado tono de fastidio por parte de Frank.

—Quiero que sepas algo, Frank —dijo—: No pienso ceder en mi terreno. Demuestra tu inteligencia, y comprende lo que quiero

decir.

—Lo entiendo bien: me amenazas.

—No exactamente... Te recuerdo algo, tan sólo. Aunque me disgusta tener que recurrir a este procedimiento. He debido tener en cuenta que en un par de años las cosas cambian; y la gente... Pero puesto que he vuelto, espero que todo siga como antes. Sin embargo, no soy una estúpida, no... Soy capaz de admitir que durante mi ausencia, alguna otra mujer haya...

—Dejemos ya eso, Dorothy —cortó aquel hombre—. Veo que te hubiera gustado encontrarme ahí, arrodillado a tus pies, y...

—Casi. Casi, Frank. Bien mirado, eso es lo que deberías haber hecho. No limitarte a dejarme una limosna, llamarme por teléfono, y darme a entender que tendré que conformarme en lo sucesivo con un cambio en la situación... Pues oye esto: no me conformo. No admito ningún cambio, no pienso tolerarlo.

—Dorothy..., no quería hablarte de esto, pero vas a saberlo: se trata de Duranthy; se ha escapado de Leavenworth.

Dorothy pestañeaba.

Parecía estar asimilando aquella noticia.

—¿No me has oído? —Oyó la voz de Frank.

—Sí... Sí, perfectamente. Duranthy se ha fugado de la penitenciaría... —musitó Dorothy—. Bien..., temes algo, claro.

—Así es.

—Dime una cosa, Frank: ¿acaso estás oculto?

—No, no...

—¿Has tenido noticias de Duranthy? ¿Alguna amenaza?

—Nada por ahora, pero no puedo confiarme.

—¿Dónde estás?

—En la oficina —gruñó Frank.

—Ya...

—Existe peligro, Dorothy. Y ahora, te dejo; volveré a llamarte mañana... O pasado...

Dorothy esbozó una cansada sonrisa.

—Recuerda lo que te he dicho —murmuró—: no amplíes ese plazo, Frank. No me gusta verme arrinconada, olvidada, en el rincón de los trastos viejos...

Y colgó.

Estaba furiosa. Muy furiosa. No podía haber ido peor el primer

día de libertad. De todos modos, se sentía con fuerzas para seguir adelante, para recuperar el terreno perdido. Un sacrificio como el suyo no se pagaba con un puñado de dólares, y el despido. No. Nada de eso. Por lo demás, resultaba creíble, lógico, que Frank tomara precauciones ante la fuga de Duranthy; pero..., tenía que haber algo más; otra mujer. Dorothy lo intuía. Frank se había mostrado esquivo, y hasta reticente, al respecto...

Bien; Dorothy tenía sus armas para luchar.

Aquel tipo, Frank Merryvale, tenía buena estampa; es preciso admitirlo. Un hombre alto, enjuto, con los ojos muy negros; llevaba el cabello bastante largo, con grandes patillas. Tenía las manos finas, los dedos largos, bien cuidados, y fuertes. Una de aquellas manos, tras colgar el teléfono, acariciaba el mentón bien rasurado.

—¿Por qué no has acabado de una vez, Frank? —Oyó.

Su mirada se posó en la figura de Lorena. Una figura esbeltísima; una mujer de menos de treinta años, ataviada con «maillot» de «*ballet*». Una pieza negra, muy ajustada a sus formas; la cascada de cabello rojo parecía una llama sobre los hombros de Lorena.

—¿De veras crees que es tan fácil, Lorena? —musitó Merryvale.

—No digo que sea fácil, pero has debido hacerlo. ¿O tiene algún objeto engañar a esa pobre mujer? Tú y yo vamos a casarnos... Oh, Frank, debiste decírselo estando ella en la cárcel...

—No me sentí con fuerzas. Creo que ahora, ella libre, será más fácil. Además adivina algo. Por otra parte, Lorena, deja que sea yo quien resuelva este problema. ¿De acuerdo?

Lorena, con sus ojos grises, te miraba con mucha fijeza.

—¿La amas aún, Frank? —inquirió.

—No. Es absurdo hablar de esto entre nosotros.

—¿Quieres decir que ya no la amas, de una forma piadosa? —inquirió Lorena.

—Tal vez...

—Es peor... Encima de que ya no la quieres, la compadeces. Eso es pedirle a esa mujer que soporte demasiado, Frank, ¿lo comprendes? Sin embargo, dejaré que seas tú quien lo resuelva.

—Gracias, Lorena. Todo irá bien, no te preocupes.

Se puso en pie.

Era alto, sí; con buena estampa. Tenía cierta expresión

melancólica en sus ojos negros... Lorena no se opuso a qué los dos brazos de Merryvale la rodearan; tampoco esquivó los labios, cuando él se inclinó, para besarla largamente. Luego, él se separó, murmurando:

—Sí, todo irá bien... Ve a tus clases, Lorena.

—¿Y tú?

—Iré a casa. Quiero reflexionar. Sería muy fácil hacer las cosas de un modo grosero... Pero no quiero herir demasiado a Dorothy, si puedo evitarlo. Eso es todo. Hasta mañana, Lorena.

La volvió a besar. Lorena le miró unos instantes, mientras Merryvale iba hacia la percha, en busca de su chaqueta. La pelirroja, por fin, sin despegar los labios, abandonó aquel pequeño despacho, reintegrándose a la sala de danza. Por su parte, Merryvale, antes de ponerse la chaqueta encendió un cigarrillo, y empezó a fumar, con aire ausente. No era tan fácil como creía Lorena...

Dos años de ausencia de Dorothy habían cambiado muchas cosas. Dos años... Habían volado, ciertamente... Y allí estaba el problema: Dorothy.

El problema estaba, sí. Pero..., ¿y la solución?

Con el cigarrillo entre los labios, Merryvale se puso la chaqueta; no se molestó en corregir la posición de su corbata, ni abotonarse el cuello de la camisa. Salió de su despachito, pasando a la antesala cuyas paredes estaban prácticamente recubiertas por fotografías con motivos de diversos «*ballets*»... Fotografías de grupos, y de individualidades de primera fila. Había unos sillones, y un escritorio, donde la secretaria atendía diversos asuntos de aquella escuela de danza.

También estaba *miss* Sitter; *miss* Fanny Sitter... Sería injusto compararla con un loro..., porque los loros no pueden defenderse. Por lo demás, *miss* Sitter era competente, y llevaba su labor, relativamente fácil, sin la menor complicación. Pelo de estopa, nariguda, ojos saltones, muy pintados los labios demasiado finos... Eso sí, tenía el busto muy desarrollado, y bien; lo único.

—¿Se marcha ya, señor Merryvale? —inquirió al ver a aquel hombre.

—Sí... Voy a casa, Fanny. ¿Algún problema?

—No, no. Yo termino también.

—Hasta mañana, entonces.

Cuando Merryvale caminaba hacia la salida, *miss Sitter* ya volvía a sus anotaciones, y se percibía una música un tanto monótona, repetida, machacona; música de enseñanza. También, con cierto compás para las educandas, se oía, como lejana, la voz de Lorena.

Por fin, Merryvale salió a la calle.

En Miami; allí tenía la escuela. En Miami Shores, Gran Concourse Circle. Una avenida muy amplia, en arco, que finalizaba en Miami Shores Country Club, cuyas luces brillaban cercanas.

Distraído, Merryvale cruzaba la calzada.

Alguien, en una acera, lanzó un grito de horror.

Merryvale no entendió; estaba tan absorto en sus problemas... Oyó más gritos, ¡qué extraño! Gritos muy lejanos... ¿En qué infierno se gritaba de aquella manera? ¿Y qué había ocurrido? Sí, el tremendo golpe... Había notado que volaba, tras recibir un golpe...

Ni siquiera tenía noción exacta de que se encontraba de espaldas sobre la brillante calzada; no notaba apenas dolor... Y sus ojos, extraviados, vieron acercarse aquella especie de monstruo...

El auto, lanzado, pasó por encima de Merryvale; casi volcó, con una difícil maniobra, pero luego se rehízo, y prosiguió una velocísima carrera, dejando atrás a un hombre aplastado, que, al parecer, conservaba un hálito de vida, a juzgar por los debilísimos pataleos...

El auto desapareció dado el arco de la avenida, mientras que la gente, chillando, entre pánico e incredulidad, trataban de acercarse a la víctima. Se percibían pitidos de policías, y aún no habían transcurrido dos minutos desde los hechos, cuando un coche-patrulla, con la sirena y las luces a toda marcha, llegaba al lugar.

Los agentes estaban obligando a la gente a circular; era inevitable, sin embargo, impedir el auténtico galimatías.

El auto rodaba en dirección al Northwest Hospital.

Conducía un detective de la Brigada de Homicidios. Detrás, iba el teniente Wallen, y un tipo malhumorado, que fumaba nerviosamente. Un tipo atlético, de sobria elegancia, con manos enormes, tostadas por el sol; un tipo de ojos pardos, que parecían danzar en un infierno en aquellos momentos.

—Esperemos que aún viva —masculló.

—No sé... Su estado es gravísimo, Andregg. Esperanzas de vida, ninguna.

—Ya... Veamos, Wallen, me dijo que los testigos, la gente que presencié lo ocurrido, están de acuerdo, a excepción de algunos detalles. ¿No es extraño ese acuerdo? Todos sabemos que, por lo general, una cincuentena de personas contemplan un mismo suceso, y cada una lo describe a su manera, sin poder sustraerse a la subjetividad...

—Normalmente así es, Andregg. Pero esta vez, los interrogados, o los que explicaban espontáneamente lo que vieron, están de acuerdo: el coche se abalanzó contra Merryvale a propósito. No hubo intención de esquivarle; por el contrario, el auto fue lanzado contra él. Es más: para asegurarse de hacer las cosas bien, el conductor del auto maniobró para aplastar a Merryvale... Se supone que fue tan claro que nadie dejó de advertir la maniobra; la segunda, especialmente, fue muy clara: el conductor del auto maniobró para aplastar a Merryvale.

—Asesinato, entonces... —Gruñó Zach Andregg.

—Sin duda.

—¿Y más detalles? —inquirió el hombre del

F. B. I.

El teniente Wallen esbozó una sonrisa.

—Ahí entramos en las contradicciones, Andregg —dijo—. Lo de que fue a propósito, está claro; comprobado. En cambio, lo demás... Unos dicen que el auto era azul oscuro; otros, negro. Nadie se pone de acuerdo con la marca ni modelo; ni nadie tomó nota de la matrícula..., aunque al respecto hay quien afirma que las placas estaban cubiertas, lo cual es bastante verosímil, ¿no cree?

—Lo es. Ello es una prueba más de que se trata de asesinato. ¿Nadie vislumbró tan siquiera al conductor?

—Todo lo más, algunos creen que se trataba de un hombre; pero no podrían describirlo, ni dar detalles.

—No es mucho... No tenemos número de matrícula; ni siquiera la seguridad de la marca y modelo del auto; ni tenemos la menor noticia de quién lo conducía...

Mientras, el coche conducido por el detective Ramsay, se había metido en el hospital, con marcha silenciosa, ascendiendo hacia la

entrada del edificio. El auto se detuvo en el «*parking*», y los tres hombres se apearon, aunque sólo Zach Andregg y el teniente Wallen echaron a andar hacia la entrada; hacia el vestíbulo y oficinas.

Fueron atendidos por una enfermera, tras un tablero.

Apenas vio las credenciales de Zach, dijo:

—El doctor Blaine les está esperando, señor Andregg. Urgencias, segundo piso.

—¿Sabe algo de Merryvale? —inquirió Zach.

—Pues no...

—Bien, gracias. Vamos, Wallen.

CAPÍTULO III

POR lo que se veía en aquella habitación, la Ciencia estaba haciendo todo lo posible por salvar a Merryvale. Éste se encontraba en un lecho, sometido a la tortura de gomas, sueros, pinchazos... Tenía muy mal color, y respiraba de un modo irregular. Desde los pies del lecho, Andregg le miraba de un modo extraño. Por fin, miró también al doctor Blaine, e inquirió:

—¿Se puede hacer algo?

—Esperar que muera, señor Andregg. Está más allá de los límites de la Ciencia.

—Ya... Voy a intentar hablar con él, doctor.

—Dudo de que lo consiga.

—¿Está sin conocimiento?

—En estado agónico. Pero inténtelo. Supongo que..., no es necesario recordarle sus límites, señor Andregg.

Zach mostró una seca sonrisa; muy breve, muy fugaz.

—No es necesario —dijo.

Se fue acercando a Merryvale. El teniente Wallen silencioso, le observaba; el doctor Blaine, tras vacilar uno instantes, optó por salir de allí. En cuanto a Andregg, miraba a Merryvale como preguntándole qué clase de perro afortunado era...

—Merryvale —llamó.

Merryvale no se movió; no podía. Incluso para mirar algún sitio que no fuese al frente, requería, al parecer, un esfuerzo extraordinario. Y como parecía estar haciéndole Zach se situó frente a él.

—¿Me oye, Merryvale? Soy Zachary Andregg, del

F. B. I.

Vamos a prescindir de ciertos detalles, para evitar lo que pudiera

interpretarse como crueldad por mi parte. Dígame. ¿Quién lo ha hecho? Usted debe saberlo. Usted, por lo que veo, no era más que un títere, como Parrott. Parrott cayó en Andros. Usted ha caído aquí; han querido cerrar su boca. Diga quién. Busco a ese hombre, Merryvale.

Merryvale no reaccionaba de un modo concreto. Zach creyó descubrir alguna impresión en aquel hombre, pero nada definido; en todo caso, sólo la confirmación de que Merryvale sabía muy bien de qué le estaba hablando el agente del

F. B. I.

—Haga un esfuerzo, Merryvale —dijo Zach—. Haga alguna señal, o mueva los labios... Lo que pueda... Descubrimos el barco con la «mercancía», en Andros, Bahamas. Teníamos una red muy extensa dispuesta para la vigilancia... Hace ya tiempo. ¿Me oye, me comprende? —Sin esperar respuesta Zach siguió—: Yo creí que usted era el cerebro de la organización, pero lo ocurrido me hace sospechar que no es así.

Por fin, hubo una señal de respuesta en Merryvale.

Un levísimo movimiento con la cabeza; parecía negar.

Sí, estaba negando con movimientos de cabeza.

—¿No es usted el cerebro, Merryvale? ¿Quién? Se trata de la persona que le ha atropellado... Quería cerrarle la boca, sabiendo que lo de Andros se resolvió atrapando a todos los miembros de la organización que se movían en el exterior...

Nuevos movimientos negativos de cabeza.

—¿Qué es lo que niega, Merryvale? —masculló Andregg.

Hubo un fugaz relámpago de incompreensión en las pupilas de Merryvale.

—Sólo dígame quién ha sido, Merryvale —pidió, casi sin esperanzas Zach.

—Ha-hace... hace...

Era una voz muy débil. Zach se inclinó mucho hacia Merryvale.

—Siga. Siga, Merryvale... —pidió—. Vamos, inténtelo.

El herido jadeaba; su rostro se perlaba de sudor.

El teniente Wallen se removió, inquieto.

—Quizás está apretando demasiado, Andregg —dijo.

Zach no hizo caso. Si Merryvale reaccionaba, aquel asunto podría ser concluido.

—Siga, Merryvale...

—... dos años... Hace... dos

a-años...

Zach frunció el ceño.

—¿Qué ocurrió hace dos años? —inquirió.

Evidentemente, Merryvale estaba muy fatigado.

—Un esfuerzo más, Merryvale —pidió Zach.

—L-lo... lo

de-dejé...

El hombre del

F. B. I.,

se irguió; la palidez que mostraba su rostro se debía a un súbito acceso de ira.

—Está mintiendo —masculló—. ¡Miente, Merryvale!

Merryvale jadeó, quería hablar, pero sólo pudo mover en sentido negativo la cabeza; un debilísimo movimiento.

—Cuidado, Andregg —murmuró el teniente Wallen.

—Esta gente, por lo visto, mienten y engañan, y son unas bestias hasta en el momento de morir, Wallen —rezongó Zach.

—Cálmese... Para la policía, y usted lo sabe, es un axioma lo de que el moribundo dice siempre la verdad. Por mi parte, estoy convencido de que Merryvale dejó hace dos años el asunto, como afirma.

—Eso no es posible. Ha estado funcionando hasta ayer. Ayer, Wallen, entérese, yo estaba en la isla de Andros, y allí acabé con la parte de la organización que actuaba fuera de Estados Unidos... Ayer, sin ir más lejos, ¿lo comprende? ¿O hemos de creer que Merryvale ha perdido la noción del tiempo hasta ese punto? ¿Usted lo cree?

—Eso no, Andregg, pero lo dirá por algo...

Zach miró, con un brillo maligno, furioso, en sus pupilas, a Merryvale.

—¿No es curioso, Merryvale? —dijo—. Usted hace dos años que no actúa, y justo le cierran la boca cuando el

F. B. I.,

va a atraparle, después de haber estado en Andros...: Sí, claro; cobra más fuerza la impresión de que usted, en definitiva, y en contra de lo que creía Parrott, no es más que un miserable títere...

Y es mentira que hace dos años que lo dejó... Es...

—Se está cansando inútilmente, Andregg —cortó el teniente de la Brigada de Homicidios—. Ha caído en coma..., me parece.

Zach cerró los ojos; asintió con unos movimientos de cabeza, y se separó del lecho.

Miró por fin a Merryvale, y gruñó:

—Sí, está en coma; ya no se recuperará.

—Parece que no han ido muy bien las cosas, Andregg... Antes de que Zach pudiera responder, se abrió la puerta, y apareció el doctor Blaine, con una enfermera. El ojo profesional del doctor captó de inmediato la situación. Dijo:

—Deberían salir ahora, señor Andregg.

—Sí... Gracias, doctor.

—Otra cosa —dijo Blaine—: En la sala de espera hay una mujer; se llama *miss* Crozier. Está bastante nerviosa; afirma que es la prometida del señor Merryvale.

Zach miró unos instantes al doctor; dijo:

—De nuevo gracias. ¿Vamos, Wallen?

Salieron ambos de aquella habitación que olía a muerto. Ya en el pasillo, el teniente dijo:

—El caso es para el

F. B. I.,

Andregg. No obstante, si puedo colaborar en algo más...

—Le agradecería un favor, Wallen —dijo Zach—. Se trata de obtener autorización judicial para entrar a saco en todas las cosas Merryvale. En su casa, en su escuela de danza, en los números de su cuentas bancarias... En fin, en todo. Espero recopilar los datos suficientes para llegar a alguna conclusión.

—Comprendo. Me ocuparé de eso. Espero poder entregarle mañana la autorización, Andregg.

—Gracias, Wallen. Hasta mañana.

El teniente se dirigió hacia el ascensor, y el hombre del

F. B. I.,

camino hacia la sala de espera. Quedó bajo el marco de la puerta, mirando a aquella hermosa pelirroja, de descomunales muslos puestos al descubierto por la minifalda del vestido. Ella estaba sentada, cruzadas las piernas, fumando, nerviosa... Miró a Zach cuando éste se aproximaba a ella. Zach extrajo sus credenciales.

—Andregg, del

F. B. I.

—dijo—. No se levante, por favor, *miss Crozier*.

Lorena se sentó de nuevo, mirando a Andregg con alarma.

—Señor Andregg... ¿El

F. B. I.?

—musitó.

—¿Podemos hablar? Éste es un buen lugar —dijo Zach.

—Sí, sí... Estoy aturdida... Diga: ¿hay alguna esperanza?

¿Cómo está Frank?

Zach encendió un cigarrillo. Meneó la cabeza, a través de la primera bocanada de humo.

—Malas noticias, *miss Crozier* —dijo.

—¿Ha... ha muerto...?

—No... aún...

Lorena comprendió; se retorció las manos.

—Ha sido... un asesinato, señor Andregg —musitó—. Lo dice todo el mundo... El auto le atropelló a propósito; y fue a rematarle... Es horrible...

Zach, disimulando perfectamente, escrutaba la expresión de Lorena; sus reacciones, sus gestos... Bastante molesto, Zach tenía que admitir que el comportamiento de Lorena era por completo natural, dadas las circunstancias, dados sus vínculos con el hombre que se encontraba al borde de la muerte a unas yardas de distancia.

—Queremos saber quién lo ha hecho, *miss Crozier* —dijo Zach—. Tal vez usted pueda ayudarnos.

—¿Yo? Pero... Sí... Sí, creo que sí... Voy a ayudarles, señor Andregg —dijo con voz algo trémola, ronca, Lorena—. No puede ser de otro modo... Ha tenido que ser ella... Sólo ella tenía motivos. Me estoy refiriendo a Dorothy Loy.

Zach estaba sorprendido en verdad. ¿De pronto giraba la situación y se encontraba de cara con la Suerte?

—Tranquílcese, *miss Crozier*, y hágale de Dorothy Loy, y de los motivos que pudo tener para asesinar a Merryvale —dijo Zach.

—Eran novios... Yo no sé muy bien qué ocurrió; entre otras cosas, no me ha parecido delicado nunca interrogar a Frank sobre la verdad. Pero, como fuese, Dorothy Loy fue detenida, y condenada a dos años de cárcel...

—¿Dos años? —inquirió ceñudo, Zach.

—Sí, así es... Dorothy Loy ha cumplido la sentencia, y hoy mismo ha llegado a su casa, procedente de Tallahassee..., de la cárcel. Frank, cuando nos conocimos..., es decir, tras haber comprendido que nos habíamos enamorado, me habló de ella, me expuso la situación. Tuve que comprender que yo no podía ser la única mujer en la vida de un hombre de cuarenta años... Fue sincero conmigo, y me expuso el problema, diciéndome que lo resolvería.

—Siga, *miss Crozier*.

—Frank, anoche, fue a La Gorce Island, donde, vive Dorothy Loy, y pasó por debajo de la puerta un sobre con cinco mil dólares. Creyó que por lo menos, le debía eso... Luego..., esta tarde, aún no eran las ocho, y tras varias llamadas anteriores, la localizó en su casa. Y..., hablaron... Fue una discusión, claro. Frank sólo dejó entrever que sus relaciones con ya no serían las mismas... Dorothy Loy tenía que comprenderlo así. Y..., su reacción... ¿Comprende, señor Andregg?

—Desde luego... —dijo Zach—. Usted sospecha que Dorothy Loy, despechada, sintiéndose abandonada, ha cometido el atentado.

—Sí... Eso es lo que creo. Ya sé que Frank debió ser un poco más valiente, y escribirle a la cárcel diciéndole la verdad... Pero, como sea, llegar hasta el crimen me parece horrendo...

—Y dice que Dorothy Loy fue encarcelada hace dos años.

—Sí.

—No conoce el motivo.

—No... En realidad, no de modo directo. Parece ser que Dorothy Loy robó un coche, y fue detenida con él; había traspasado los límites del Estado de Georgia, lo cual agravó el delito. Además..., todo esto lo he oído, sin preguntar nunca de modo directo... Además, digo, creo que ofreció resistencia; trataba de huir, vaya...

Aquella explicación hizo arquear una ceja a Zach. Todo aquello era bastante estúpido... Por el robo de un auto y traspasar una frontera estatal; delito federal, sí, ¿y qué? ¿Dónde estaba la relación? Lo único, el tiempo transcurrido: dos años. Si Merryvale no había mentido, desde hacía dos años que habían abandonado el asunto; desde que Dorothy Loy ingresó en prisión... Un dato muy digno de estudio, ciertamente.

Miró a Lorena a los ojos.

—Ha dicho que a eso de las ocho Merryvale localizó a *miss* Loy en su casa, en La Gorce Island.

—En efecto.

—Y, según tengo entendido, la muerte... es decir, el atentado, contra Merryvale, tuvo lugar a las ocho y diez; de eso se tomó buena nota...

—Si...

—¿Cree que en quince minutos cabe el desplazamiento de Dorothy Loy a Miami Shores, para cometer su crimen?

Lorena pareció sorprendida.

Se mordió los labios; vacilaba visiblemente.

—Y-yo... yo no había pensado en eso... —musitó—. Terminaron de hablar casi a las ocho, y... y debo admitir; que no existe tiempo material... Es imposible que Dorothy Loy pensara el crimen, saliera de su casa, tomara un auto, y llegase a Miami Shores a las ocho y diez... Lo siento... Lo siento, señor Andregg; de veras... He hablado demasiado, y sólo he dicho estupideces... Le ruego, pues, que no tenga en cuenta mis palabras contra esa mujer...

—No se preocupe, *miss* Crozier. Ha sido importante conocer la existencia de Dorothy Loy, de todos modos. Ahora, por favor, responda: ¿Usted conocía las actividades de Merryvale?

—Naturalmente. Yo trabajo en la escuela de danza; soy profesora.

—Ya... ¿Puedo saber el tiempo que hace de eso?

—Ingresé hace poco más de un año...

—Un año... ¿Tiene más empleados el señor Merryvale?

—Sí, claro. La secretaria, *miss* Fanny Sitter, y un cuadro de profesoras... Cuatro en total, incluida yo.

El hombre del

F. B. I.,

con la frente arrugada, meditaba. Estaba saliendo a la luz un exceso de gente. Había que pisar con prudencia en aquel terreno. Posponer un poco, aunque sólo hasta el día siguiente, las investigaciones con respecto al personal de la escuela. Un punto importante, sin duda era el conocimiento de Dorothy Loy.

—Mañana nos veremos en la escuela, *miss* Crozier —dijo Zach—. Hablaré con todo el personal.

—Pero..., no sé... ¿Cómo van a seguir igual las cosas, después de lo ocurrido...?

—Eso se establecerá judicialmente. Sin embargo, aunque de momento la escuela cese en sus actividades, ustedes deberán presentarse. Se trata de establecer la verdad de lo ocurrido, *miss* Crozier, ¿comprende? El

F. B. I.,

espera su colaboración.

—Yo no tengo ningún inconveniente...

—Gracias.

—Señor Andregg..., no entiendo nada... ¿Por qué han hecho una cosa así con Frank...? ¿Por qué? Intento encontrar la explicación, pero es inútil...

—¿Usted le conocía a fondo?

—Íbamos a casarnos... —dijo ella, extrañada—. Entiendo..., no es suficiente. ¿Es eso lo que usted piensa?

—En efecto. Es obvio que Merryvale tenía enemigos que usted desconoce...

Se interrumpió. Llegaba el doctor Blaine en aquellos momentos.

Lorena se puso en pie, mirando con cierta ansiedad al médico. Éste apenas necesitaba hablar, ya que su gesto era lo suficientemente expresivo; no obstante, dijo:

—Lo siento, acaba de fallecer.

Lorena inclinó la cabeza.

Por su parte, Zach, observándola, dedujo que era una actitud elegante, en realidad, normal, natural... En cuanto a Zach, sintió otro ramalazo de ira; aún había tenido la esperanza de que Merryvale se rehiciera un poco, aunque sólo fuese para responder a un par de preguntas clave. Merryvale se llevaba la verdad al infierno...

—¿Me necesita para algo, señor Andregg?

Era la voz de Lorena, un poco estrangulada.

—No... No por esta noche. Puede irse, si quiere.

CAPÍTULO IV

A eso de las diez de la mañana, el auto que conducía Zach estaba cruzando el North Bay Causeway, ocupado por una cuádruple hilera de vehículos, dos hileras en cada dirección; abajo la azul bahía, y por los bordes un colorido de excepción, bajo un sol un tanto blanquecino, debido a la atmósfera calurosa.

Para mitigar un poco la impaciencia de la lentitud del tráfico, Zach conectó el transmisor-receptor, poniéndose al habla con el agente especial Baldwin Lane. Éste respondió:

—Soy yo, Zach, ¿qué pasa? —inquirió.

—Eso pregunto yo.

—Pues no ocurre nada. Está en su casa.

—¿Tienes la seguridad?

—Naturalmente. Anoche, antes de apostarme en el plantón, realicé un pequeño truco, para saber a qué atenerme. Llamé por teléfono; respondió ella, y yo sin decir una palabra, colgué. Así, pues, estaba..., está aún, en su casa.

—Está bien.

—¿Vamos a interrogarla de una vez, Zach?

—No quiero precipitarme. Ya te dije que prefiero verla en movimiento, Baldwin. A veces, el movimiento es más expresivo que las palabras..., sobre todo cuando cada palabra es una mentira. Lo siento, pero tengo la impresión de que interrogar sin más a Dorothy Loy, ésta nos contaría tan sólo una sarta de embustes, o verdades a medias, ¿comprendido?

—Sí... ¿Vienes hacia acá?

—En plan de relevo, Baldwin.

—Maravilloso... Te espero.

—Hasta ahora.

Zach cortó la comunicación. Más o menos, sabía a qué atenerse con respecto a la personalidad de Dorothy Loy. Había leído su expediente completo; todo lo relativo al delito que le costó dos años de cárcel. Dorothy fue muy parca en sus explicaciones, en su defensa, cuando fue requerida para explicar los motivos que tuvo para actuar así y apoderarse de un Coche en Savannah, Georgia, en la costa atlántica. Había alegado simplemente tener prisa por llegar a Miami... Sólo que tenía mucha prisa, y que no creía que cometiera un delito tan grave. Y trataba de huir de la policía porque se asustó..., perdió la serenidad.

Era todo.

Dorothy Loy, treinta y dos años, soltera, estudios elementales tan sólo, diversos empleos u ocupaciones.

Estaba Zach en plena meditación, cuando zumbó la radio. Tomó la llamada de inmediato.

—Dime, Baldwin —pidió.

—Sale.

—Vaya...

—¿Qué hago, Zach?

—Con todos los respetos, es una pregunta tonta, Baldwin. ¿No te dije que quería verla en movimiento? Pues síguela. No la pierdas de vista, ¿de acuerdo?

—Bien... ¿Te indico el camino, o...?

—De momento, no importa. Pégate a ella. Mientras yo, por si acaso, efectuaré un registro en su casa. No espero hallar nada, pero... en fin, ¿por qué desaprovechar la ocasión? Detrás de ella, sabueso. Y ya te llamaré luego para pedirte datos sobre sus movimientos. ¿O. K.?

—Va a pie..., busca un taxi...

—Corto. A lo tuyo.

Zach cerró la comunicación. Especulaba sobre la posibilidad de que Dorothy supiera ya lo ocurrido con Merryvale. No había entrado ningún periódico de la mañana en su casa, pero la radio había difundido el suceso. Claro está, sólo faltaba saber de qué humor se encontraba Dorothy para escuchar la radio; en todo caso, habría seleccionado algún programa musical... Como fuese, se movía.

Quince minutos más tarde, Zach Andregg se encontraba en La

Gorce Circle, rodando despacio, hasta llegar a un «*parking*» donde pudo estacionar el auto.

Cubrió el resto del trayecto a pie, hasta llegar a la vista del «Matacumbe» de Dorothy. Y a la vista de la elegante construcción, Zach achicaba los ojos, contemplando a la mujer que estaba llamando a la puerta. Había allí una mujer, sí, que, al parecer, se había cansado de llamar, y estaba fisgando por las ventanas, inútilmente, puesto que las persianas estaban bajadas a tope, sin dejar siquiera rendijas.

Y la mujer volvía a llamar.

Fue a otra ventana, y se inclinó un poco, por lo cual Zach pudo contemplar un bello espectáculo, dada la cortedad de la falda de aquel vestido blanco, muy fresco, con unos apliques en azul marino. Aquella mujer llevaba un bolso, una cámara de fotografiar portafolios... Y allí, inclinada, fisgando, hasta consiguió arrancarle una sonrisa a Zach. Era curioso, además, porque a éste, tonterías de cada uno, le gustaba aquella ropita interior azul, con encajes.

En cuanto a las piernas de aquella mujer, eran de categoría muy especial.

—¿Busca algo?

Ella se movió, con un gritito. Casi se le cayeron aquellas redondas y grandes gafas de sol, que cabalgaron sobre la naricilla.

—¿Quién..., quién es usted? —inquirió ella.

—Me presentaré con mucho gusto, Zachary Andregg, agente especial del

F. B. I.

¿Y usted?

—¡Oh!

—Se llama «joh!» —sonrió Zach.

—Por favor... No, no... Soy Grace Nichols. Y... y soy periodista... Sucesos, ¿sabe? Busco a Dorothy Loy. Es... una historia fascinante... Esperaba sacar partido, señor Andregg.

—Comprendo. La veo decepcionada.

—No me abre... O quizás no está. Y yo me he enterado de que salió ayer de la cárcel, y de más cosas. Ayer, ocurrió un... Pero si usted es agente del

F. B. I.,

y está aquí, es porque sabe lo que pasó ayer, ¿no es así, señor

Andregg?

—Admirable deducción, *miss* Nichols. Pero puesto que Dorothy Loy no está, usted se iba, ¿no es así?

No es que *miss* Nichols tuviera los ojos muy grandes, ni se veían muy bien detrás del cristal oscuro de las gafas de sol, pero apareció una chispa de expresividad en las pupilas de color claro; verde o azul, muy claro.

—Me iba... ¿Me deja adivinar, señor Andregg? Usted sabe que esa mujer no está aquí. Por tanto, ¿a qué se debe su presencia? Va a efectuar un registro... Sí, eso es. Y no quiere testigos. Me echa, por tanto. ¿Puedo decir en mi artículo que el

F. B. I.,

sospecha de...?

—Un momento, un momento... —Gruñó Zach—. No se precipite. Mejor que espere un poco, *miss* Nichols.

—¿Qué debo esperar? ¿Que se me adelante alguien? Oiga, usted ya debe saber lo desarrollada que tienen la nariz mis colegas...

—No más que usted, por lo que veo.

—He tenido suerte, eso es todo. Me enteré del accidente, y supe cosas. Lo que hice, anoche, aunque ya un poco tarde, fue ir al hospital donde condujeron a ese hombre al señor Merryvale. Cuando yo llegué, ya había muerto, pero había alguien allí que se ocupaba de sus cosas; una mujer llamada Lorena Crozier... Su prometida. ¿Qué le parece? Pero no quiso saber nada de mí, ni me miró... —suspiró Grace Nichols.

Zach se sentía molesto. Por una parte, tenía un atractivo considerable aquel espectáculo femenino; no era excesivamente joven; los veinticinco estaban atrás ya, pero era casi delgada, con una suavidad y un brillo de piel que resultaba un contraste en cierto modo. Cabello castaño, muy suave, largo, liso...

Por otra parte, era un estorbo aquella chica, que con sus disparates en la sección de sucesos podía entorpecer la labor del F. B. I.

Zach, pues, miró hacia el «Matacumbe», y decidió olvidar, de momento, lo de efectuar un registro, que no parecía tener mucho sentido.

—¿Se ha vuelto mudo, señor Andregg? —inquirió Grace Nichols.

—Casi ha sido un placer conocerla, *miss* Nichols.

—Eh, un momento...

Zach resolvió volver al coche; por tanto, sin más, dio media vuelta, dejando plantada a *miss* Nichols, que pestañeaba, desconcertada, y quizás furiosa.

Poco después, Zach se encontraba en su coche.

Llamó a Baldwin Lane.

—¿Cómo va eso, Baldwin? —inquirió—. ¿Qué hace?

—Está en un taxi; desciende hacia Miami Beach.

—¿Es todo?

—Sí, por ahora. ¿Has registrado?

—No... Había una periodista curiosa... Adivinó que iba a efectuar un registro, y no quise darle ese gusto. Volveré a llamar, Baldwin.

—Bien.

El taxi había dejado a Dorothy en Flamingo Waterway, al lado de Surprise Lake en un ambiente bullicioso, con mucha gente en el agua; a ambas orillas había centenares de parasoles, a todo color. Destacaban los clubs náuticos, las embarcaciones que salían hacia la bahía. El complejo era de primer orden, y en unas doscientas yardas un turista podía adquirir desde una insolación hasta un yate.

Dorothy caminaba por la repleta calzada del paseo, como aturdida. Había olvidado lo que era ver tanta gente moviéndose libremente. Lo que sí hacía era caminar con rapidez, avergonzándose de su piel blancuzca, y, además, se veía, pese a su vestido de pantalón, un tanto anticuado, en especial si se comparaba con las jóvenes de ombligo al aire.

Tenía sus proyectos, claro. Primero, visitar el salón de belleza. De allí saldría hasta con bronce artificial. Luego, vestuario...

Había un puesto de revistas y periódicos; sintió curiosidad. ¿Qué ocurriría en el mundo? Además, quizás necesitara alguna revista para hacerse una idea del último grito de la moda... Se acercó, y empezó a fisgar.

Unos segundos más tarde, su rostro blanquecino parecía tornarse gris. Estaba en un periódico, en primera página... Las letras danzaban ante sus ojos; brillaban diabólicamente, saltaban, perdían sentido, lo volvían a recobrar con más fuerza. Atropello asesino. La víctima, Frank Merryvale, sobrevivió dos horas tan sólo... Y

hablaban de Merryvale, de su escuela...

Dorothy retrocedió, aún con el rostro gris, con más arrugas que unos momentos antes. Retrocedió, chocando con la gente, mirando en todas direcciones; sol, parasoles, colorido, gente, playa... Por allí podía estar el asesino, acechándola...

Tenía que huir; tenía que desaparecer; tenía que...

No. No, no. En primer lugar, serenarse.

¿Acaso no iba al salón de belleza? De allí podía salir, de momento, la mejor solución...

Y casi corrió, entonces; se estremecía continuamente, como si no estuviera detrás de ella el poderoso zumbido del motor de un auto; como sí notase que el coche iba a por ella, a alcanzarla por la espalda...

Se metió en el primer salón que encontró a su paso.

Algo debía haber en su rostro, puesto que lo primero que la preguntó la chica que iba a atenderla fue:

—¿Se siente mal?

—No, no... Es el calor —musitó Dorothy, con un intento de sonrisa.

—Pase. Nuestros salones poseen aire acondicionado.

—Magnífico; gracias.

Baldwin Lane encendió un nuevo cigarrillo. Otra vez estaba llamando Zach. Atendió la llamada.

—¿Qué, Baldwin?

—Ya te dije; se puso gris, Zach. Vio el periódico. Reaccionó poniéndose gris hasta las rodillas, estoy seguro que fue por eso. Por tanto, ignoraba lo ocurrido con Merryvale. Otro dato más que apoya su inocencia con respecto a ese crimen. Un dato definitivo, diría yo. Por lo demás medio desmayada, cuando creí que iba a echar a correr, mirando hacia todos los lados, lo que hizo fue meterse en un salón de belleza. ¡Y hace ya hora y media, cuernos!

—Paciencia, hijo —rió Zach—. Ya sabes lo terribles que son las mujeres en ese aspecto.

—Sí... Maldita sea...

—Voy a la delegación, Baldwin. He llamado por radio y me comunican que tenemos a nuestra disposición la orden judicial de registro, y de confiscación de todo lo perteneciente a Merryvale. Así que voy a meter la nariz en todo, hasta oler la verdad. ¿De acuerdo?

Una cosa que me interesa mucho es ver todos los saldos bancarios que tenga Merryvale... Incluidos los que tenga a otros nombres; espero hallar todos sus papeles.

—Está bien. Te llamaré si se produce novedad.

—De acuerdo. Hasta luego.

En la Delegación, ya prácticamente a la hora del almuerzo, Zach estaba dando las últimas instrucciones a los agentes Tanner y Ben Wilson.

—Y con todos los documentos y papeles que encontréis, regresad. Esta misma tarde la emprenderemos también con esa escuela. De aquí van a salir chispas, muchachos; así que abrid bien los ojos. Primero la casa de Merryvale, su domicilio particular; el despacho, todo... Quiero montones de datos. En marcha.

Ben Wilson y Tanner salieron del despacho del inspector Andrews. Cuando Zach había extraído el paquete de cigarrillos, zumbó la radio que llevaba en el bolsillo; se colgó un cigarrillo entre los labios, y atendió la llamada.

—¿Sí, Baldwin?

—¡Casi la pierdo!

—¡Pues ojo, demonios! Esa mujer sigue pareciéndome interesante. ¿Qué ha pasado? —rezongó Zach.

—Tú no la has visto claro.

—No.

—Tenía un cabello platino, pura estopa de carcelaria... Y ojeras, y... En fin, todo eso que ocurre después de los veintitantos, poco a poco. Pues salió del salón con una cabellera más negra que la oscuridad; lisa, moderna; maquillada, con unas gafas de sol nuevas... Sólo la ropa me indicó que era ella.

—Está bien. ¿Qué más ha hecho?

—Salió del salón de belleza, y pasó a una casa de modas; salió con ropas nuevas, y un paquete, no muy voluminoso, pero que debe contener primores. Viste... discreta, diría yo; pantalones, casaca estampada... Vulgar incluso. Por cierto, ¿sabes que sospecho?

—Lo que yo; que ha procurado desfigurarse un poco; se cambió el calor del cabello, viste como cien mil mujeres, y de ese modo espera camuflarse. Por tanto, tiene miedo. Después de leer la noticia de la muerte de Merryvale, tiene miedo. Y si tiene miedo, sabe algo. ¿Qué te parece, Baldwin?

—Premio, genio.

—¿Y qué más ha hecho?

—Deambula. ¿Quieres otra impresión?, no regresará a su casa. Supongo que se meterá en cualquier «*snack*» a almorzar.

—Muy bien. Sigue atento a ella. Como ves, la pieza va cobrando importancia, por la conclusión última a que hemos llegado; si tiene miedo es que sabe algo. Nos veremos esta tarde, Baldwin.

—Informaré más novedades. Corto.

Zach guardó silencio, y encendió el cigarrillo entonces.

El inspector Andrews le estaba mirando.

—¿No vas a dedicarte a ella, Zach? —inquirió.

—Primero, voy a apartar la broza del camino, señor. Todo lo de la escuela lo soluciona una hora. Luego, a por Dorothy Loy. Quiero hacer las cosas por orden para ir prescindiendo de lo superfluo; para que cuando me lance sobre algo, sea sin temor a equivocarme.

—De acuerdo. ¿Piensas almorzar?

—Ahora mismo, señor.

CAPÍTULO V

UNA a una, fueron desfilando las profesoras de danza de la escuela; todas muy nerviosas, con evidentes deseos de salir de allí. Lorena, sin embargo, se quedó, con *miss* Fanny Sitter, la secretaria, cuyos ojos parecían más saltones que de costumbre; y como si fuese simpatía, su bien desarrollado busto adquiría un extraordinario volumen aquella tarde.

Cuando hubo salido la tercera empleada, Lorena inquirió:

—¿Ha sacado alguna conclusión, señor Andregg?

El hombre del

F. B. I.,

que se sentó en un silloncito, aplastó la colilla en el cenicero.

—No esperaba gran cosa —dijo, evasivamente.

—Pero es raro... Hace unas preguntas que hasta me asustan, señor Andregg. Parece que da a entender que Frank, aparte de la escuela, tenía otras actividades... inconfesables —dijo Lorena.

Zach la miró a los ojos. En realidad, Lorena parecía por completo inocente del tinglado de Merryvale. Y si era cierto que Merryvale había abandonado sus actividades hacía dos años... ¿cómo demonios iba a ser cierto? Él no había soñado lo de Andros...

—¿No dice nada, señor Andregg? —insistió Lorena.

—Siento decirle que, en efecto, el

F. B. I.,

tiene fundadas sospechas de la existencia de otras actividades.

—No es posible... —dijo, pálida, Lorena—. Frank era un hombre... sensible, correcto, educado, con grandes conocimientos de música y danza...

—La perfección, por lo visto —gruñó Zach.

—No quería decir eso...

Zach iba a responder, pero en aquel momento sonaba el timbre; alguien había en la antesala. *Miss Sitter* miró a Zach y dijo:

—Llaman, señor Andregg...

—Haga pasar aquí a quien sea, *miss Sitter*, por favor.

—Lo que usted diga...

Se fue *miss Sitter*, para reaparecer instantes más tarde, con una chica; una joven de veinte años escasos; una chica de formidables piernas, y un busto... juvenil; un busto poco proporcionado, en comparación con las piernas. Zach adivinó en aquella joven una bailarina. La joven tenía un rostro concentrado, una mirada como en éxtasis de la danza...

—Soy Andregg del

F. B. I.,

miss... —empezó Zach.

—Se llama Sue Dawson, señor Andregg —dijo *miss Sitter*.

—¿Alumna? —inquirió Zach, mirando a Lorena.

Lorena asintió con movimientos de cabeza, y miró a Sue.

—No hay clases, Sue... Suspendidas indefinidamente. ¿Sabes lo ocurrido al señor Merryvale?

La joven Sue negó con sacudidas de cabeza.

—¿Algo malo? —inquirió.

—Sí... Sue, temo que la escuela cerrará —musitó Lorena.

—Pero..., ¿tan grave? Bien, yo... Yo, en realidad, quería saber cómo está lo de mi beca de estudios... —dijo la jovencísima Sue—. Creo que está en trámites; prácticamente, todo estaba resuelto... Así lo afirmaba el señor Merryvale, ¿no es cierto, *miss Sitter*?

—Pues sí..., pero no sé, Sue... —dijo Fanny Sutter—. No sé qué puedo hacer yo ahora. Lo siento por ti, Sue... El señor Merryvale fue... le atropelló un auto; murió anoche... Comprende la situación es difícil.

—Me dijeron que sólo tenía que firmar un papel, *miss Sitter*.

—Sue, por favor, comprende que en estos momentos nada podemos hacer.

La joven inclinó la cabeza.

El silencio era bastante tenso en aquellos momentos. Zach observó que a la muchacha se le saltaban las lágrimas; le rodaban por las mejillas; se puso en pie, fue hacia ella, y le levantó la

barbilla, obligándola a mirarle a los ojos.

—Te ilusionaba mucho la beca, ¿verdad, Sue? —musitó.

—Sí, señor... ¿Podría hacerse algo?

—Lo intentaremos. No llores...

—Era maravilloso; un sueño... Europa; los mejores «*ballets*» del mundo —susurró Sue, con vocecilla estrangulada.

—No desesperes. Ve a casa. Déjame tus señas, por si podemos hacer algo.

—Vivo en una pensión, señor. En la calle Eaton, Bayshore.

—¿Sola en Miami?

—En el mundo, señor... —musitó Sue.

Zach achicó un instante los ojos. Acarició las mejillas de Sue. Era extraño... Sue parecía vivir intensamente su vocación; tenía clase, madera...

—Pues ve a la pensión, Sue. Ya nos veremos.

La joven asintió con movimientos de cabeza. Miró a Lorena, a *miss Sitter*; parecía que iba a decir algo, pero optó por volverse, y salir en silencio. Zach aún estuvo mirando unos segundos el vacío dejado por Sue. Estaba pensando muchas cosas, cuando sonó el teléfono. Se anticipó a *miss Sitter*, tomándolo.

—Andregg —dijo.

—Yo, Zach.

—Adelante Tanner. ¿Qué habéis encontrado?

—Infinidad de cosas. Quiero decir que si bien no existen papeles ni documentos, como es natural, tus sospechas han sido confirmadas plenamente por ciertos detalles, que Merryvale tenía bien ocultos; suerte que hemos podido destripar el despacho; de otro modo, hubiésemos salido con las manos vacías.

—Bien. Al grano, Tanner. Lo importante —pidió Zach.

—Lo interesante está, como sospechabas, en las cuentas bancarias. Tiene dos en Miami, a su nombre, con dos normales. Una de cuatro mil dólares y un pico, y otra con setecientos cincuenta. Pero, claro, la cosa cambia cuando uno ve estos resguardos y talonarios... Agárrate, Zach. A nombre falso, Leonard Cullen, tiene en un banco de San Louis la cantidad de ciento noventa mil dólares. Y aguarda, que va la bomba, a nombre de Elmer Davidson, y en una cuenta bancaria en Nueva York, tiene un depósito de medio millón de dólares; cifra redonda. Medio millón.

Zach se pasó la lengua por los labios.

—Bien, Tanner; buen hallazgo. Otra cosa; fechas de esos depósitos.

—Desde el 68, hasta el... 70. Sí, en Junio de 1970 efectuó el último depósito en la cuenta de Nueva York, por setenta y cinco mil dólares.

—Es decir hace dos años... —murmuró Zach.

—Casi exactos.

—Ya... ¿No más depósitos desde esa fecha?

—No.

—¿Estás seguro?

—A menos que tenga otras cuentas, y... ya me parecería demasiado, Zach. Esto es lo que hay. Merryvale era casi millonario, y tenía el dinero oculto. Pero da que pensar ese lapso de dos años, ¿eh? Debemos empezar a pensar, yo creo, que es cierto lo que dijo que abandonó sus actividades hace dos años.

—Sí..., habrá que empezar a pensarlo. Pero, demonios, Tanner, ¿cómo es posible?

—Eso no lo sé.

—Está bien. Husmea más; acaba de destriparlo todo.

—De acuerdo. Te llamaría si encontrásemos algo más de interés.

—Hasta luego.

Zach colgó.

Miró a Lorena y a *miss Sitter*. Lorena llevaba un decente vestido. Se veía hasta la mitad de sus muslos, pero el escote era cerrado, y, en general, se notaba claramente que atravesaba unas penosas circunstancias.

—Diga, *miss Crozier*. ¿Sabía que Merryvale era casi millonario? —inquirió de pronto Zach.

Lorena parecía muy desconcertada.

—Pero..., no puede ser, señor Andregg... —decía—. Esta escuela, este negocio, es más bien modesto... Jamás hará millonario a nadie...

—¿Lo sabía usted, *miss Sitter*? —inquirió Zach.

Miss Sitter apretó los labios; luego dijo:

—Jamás lo hubiese pensado, a juzgar por el sueldo que me pagaba.

Zachary no insistió al respecto.

Reflexionó unos instantes, y luego mirando a *miss Sitter* dijo:

—¿Puede prepararme los documentos de todas las becas que han obtenido, *miss Sitter*?

—¿Los documentos? No sé... Todos los papales se los llevan las muchachas... En realidad, era un rasgo altruista por parte del señor Merryvale; no todo el mundo se preocupa no sólo de enseñar, sino de que esos conocimientos sean luego perfeccionados, con magníficas oportunidades. El señor Merryvale sólo hacía que comunicar las becas...

—¿No archivaban nada? ¿No dejaban constancia? —inquirió Zach.

—Pues no...

—¿Han sido muchas las becas solicitadas?

Miss Sitter vacilaba.

—No sé exactamente... Quizás doce o catorce... —dijo.

Lorena estaba desconcertada.

—Lo extraño es que yo no supiera nada de eso... —dijo—. Frank no me hablaba de becas, ni nada parecido... ¿A usted sí, *miss Sitter*?

—Sólo me decía que determinada alumna iba a Europa...

—¿También en los dos últimos años? —inquirió Zach.

—Pues claro... Tenemos el caso de Sue, por ejemplo.

—Ciertamente —dijo Zach—. Veamos, Sue indicó que tenía sólo que firmar un papel. ¿De qué tipo?

—Sólo un escrito en el que se indicaba que aceptaba una beca de estudios en Europa —dijo *miss Sitter*.

—¿Y esos papeles? —inquirió Zach.

—Lo ignoro. Los guardaba el señor Merryvale.

—Está bien —cortó Zach—. Pueden irse. Sólo en caso de desear abandonar la ciudad, comuniquen con el

F. B. I.,

indicando su destino.

—Señor Andregg... ¿qué significa todo esto? Estoy asustada, muy asustada... —dijo Lorena.

—Tranquilícese.

—Pero..., tengo la impresión de que Frank estaba haciendo algo horrible... —Casi sollozó Lorena.

Se hizo el silencio. Se cambiaban miradas entre todos los

presentes; miradas muy expresivas, por cierto. La inquietud subía de tono. No obstante, un nuevo timbrazo trunció aquella tensión. Zach miró a *miss Sitter*, y ésta entendió. Salió para regresar acompañada. Y Zach arqueó las cejas, y esbozó una leve sonrisa, al ver a la periodista de las prendas íntimas de color azul cielo, con encajes.

—¿Otra vez usted, *miss Nichols*? —inquirió.

—¿Va a impedir que yo también trabaje, señor Andregg?

—Pues no... Pero dudo de que tenga mucho éxito. *Miss Sitter* y *miss Crozier* ya se iban, y yo tengo que realizar una llamada telefónica privada. Pri-va-da.

—Va a registrar —dijo Grace Nichols, con un mohín. Zach sonrió de nuevo.

—Con autorización judicial —dijo.

—¿Es de veras? —se animó *miss Nichols*.

—Por supuesto.

—Es extraño... ¿Qué ocurre aquí, entonces? Aparece el

F. B. I.,

y se dispone a un registro en esta escuela de danza... ¿No podríamos sostener una entrevista más despacio, señor Andregg?

—Quizás en otro momento.

—Cuando usted diga... Aunque, si me lo permite, le haré una sugerencia... ¿Cena solo, o con... esposa e hijos, por ejemplo?

—Solo, *miss Nichols*. Pero me está citando.

Grace Nichols pestañeó; miró a las otras dos mujeres. Lorena, sin decir palabra, se iba. *Miss Sitter* miró malignamente a la periodista y con su pletórico busto por delante siguió el mismo camino que Lorena.

—No desean la entrevista... —suspiró Grace.

—Se lo dije.

—Bien... ¿Y usted, señor Andregg? Pero no se haga muchas ilusiones, teniendo en cuenta que soy una chica bastante decente, con un pisito en la calle Cherokee, Miami Beach, bajo el club de Golf... y que estoy en casa a partir de las siete de la tarde. Por cierto, ¿tiene gustos especiales, señor Andregg?

—Pues sí; el color azul cielo. Es delicioso.

Grace se quitó las gafas, muy sorprendida. Eran ojos verdes, no muy grandes, normales, pero vivos, chispeantes.

—El color azul cielo... ¡qué casualidad! —exclamó—. Pues se

llevará una sorpresa, señor Andregg...

—Lo dudo. Ya tengo conocimiento de ciertos detalles.

—Señor Andregg, ¿qué quiere decir? Creo que usted es un poco cínico... ¿Le espero?

—Si acaso, la llamaría por teléfono.

—Es fácil deshacerse de mí, ¿verdad? Piensa que voy a estar toda la noche pegada al teléfono, esperando su llamada..., en vano.

—Mire...

—Muy listo; no quiere interferencias. No pensaba molestarle, señor Andregg. ¿O cree que soy una irresponsable? Lo único que intento es ganarme la vida.

—Perdone, Grace. No trataba de ofenderla.

Zach parecía en verdad compungido. Grace titubeó, pero consiguió una sonrisa, por fin. Una sonrisa que era un adorno más para aquel cuerpo estilizado, con un suave bronce en su piel.

—No importa —dijo—. Acepto sus excusas. Diga: ¿qué sabe de la novia, o exnovia, de Merryvale? Me refiero a Dorothy Loy.

—Nada. Nada, Grace. Parece ser que no ha vuelto a su casa.

—Es extraño, ¿verdad?

—Quizás. Ahora, por favor, tengo trabajo.

—Lo comprendo... Otra vez me marchó de vacío... —suspiró Grace—. Pero no pierdo la esperanza, señor Andregg.

—No dude de que volveremos a vernos.

—Eso está mejor... —sonrió Grace—. ¿Pronto?

—Espero que sí.

—Ajá. Me está pareciendo más amable, señor Andregg. Tengo la impresión de que podemos hacer buenas migas.

Zach echó un vistazo al atractivo conjunto que ofrecía Grace. Grace, por los detalles, parecía apta para un paseo nocturno por una playa llena de cocoteros, bajo la luz de la luna, enrejada en el entramado de las hojas... Sí, un delicioso paseo...

—¿Qué está pensando? —susurró Grace, mirándole a los ojos.

—Prometo decírselo en otro momento.

—Como quiera... Hasta la vista, señor Andregg. Recuerde su promesa.

—No lo dude, Grace.

Ella vacilaba aún, tardaba en volverse; estaba a medio giro, cuando Zach alargó la diestra, y la atrapó por un brazo, haciéndola

girar. Ella le miraba a los ojos; la verdad era que la cámara, el bolso, el portafolio, era un estorbo, pero Zach no tuvo dificultades para llegar a los labios de Grace. Ella cerró los ojos, y correspondió con extraña fuerza; un beso inesperadamente largo... Cuando Grace se separó, un poco agitada la respiración, sonreía.

—Hay cosas que sólo pueden tener un final, Zach... —musitó—. Es inútil ofrecer resistencia, ¿verdad?

—Supongo que sí...

—Zach, quiero que sepas algo: no he aceptado el beso solo o..., no sé cómo expresarme...

—No has querido sobornarme con este beso.

—¡Exacto! No es eso, ¿comprendes? Después de todo, un simple reportaje, aunque bueno, no significa tanto en mi vida. Pero..., no hablemos más por ahora. Ven a verme cuando quieras.

Y se marchó.

Zach quedó, al parecer, un poco turbado aún. Despacio, extrajo el paquete de cigarrillos, y encendió uno. Se dirigió hacia el teléfono y marcó el número del domicilio privado de Merryvale. Tanner y Ben Wilson aun debían estar allí; en efecto, se puso Tanner al aparato:

—¿Sí?

—Soy yo, Tanner. Cuando terminéis ahí, os quiero en la escuela, y registradla aunque sea desguzándola ladrillo a ladrillo. Escucha esto: hay que encontrar unos papeles firmados por muchachas que... gozando de una beca de estudios, se han desplazado. El altruista Merryvale les conseguía esas becas... Pueden ser doce, catorce..., o veinte. Buscad esos papeles. Y Merryvale mintió: aún hay negocio en perspectiva.

—No puede ser, Zach.

—Es.

—Zach.... ¿Si ha seguido durante los dos últimos años, que ha hecho con el dinero?

—Lo ignoro. Y aunque quizás sea mucho sospechar, creo que ya había nueva víctima a la vista.

—Pero...

—Así están las cosas, Tanner. Destrozamos lo de Andros, pero nos encontramos aquí con muchas más dificultades de las previstas. Lo dicho; pasad aquí, y a buscar. Yo iré ahora a hablar con Dorothy

Loy. Se complican las cosas en lugar de ir resolviéndose, y ella debe tener algo que decir.

—¿Qué ha hecho esa mujer, por fin? —inquirió Tanner.

—Estuvo dando vueltas después de almorzar; se metió en un cine. Al salir, descendió hasta los muelles municipales de Miami Beach, y se ha metido, por fin, en una pensión de la calle 2. Todo esto sólo hace que corroborar nuestras sospechas; teme, se oculta..., y sabe. Hasta luego, Tanner.

—Bien...

Zach colgó.

Salió después del despacho, atravesó la antesala con la fotografías de grupos e individuales de la danza mundial, y poco después cruzaba en dirección al «*parking*». Se metió en el coche, y tomó la radio, llamando a Baldwin.

—¿Qué Baldwin? —inquirió.

—Sigue en la pensión, Zach.

—Voy para allí. Si intenta salir, impídelo. Vamos a actuar de modo directo con ella.

—De acuerdo.

CAPÍTULO VI

DESDE aquella zona de la calle 2 podían verse las siluetas de barcos, grúas, y tinglados, del muelle. Era una zona húmeda, molesta, calurosa. De todos modos, Zach agradeció el detalle de que Dorothy Loy hubiese elegido una pensión decente; hasta con rótulo luminoso, «Piscis». Y Baldwin decía:

—Y no me extrañaría que la encontrases borracha, Zach.

—La despejaré, no te preocupes por eso. Ve a la escuela de danza, y reúnete allí con Tanner y Ben. Quiero sacar a la luz todo lo que haya allí.

—¿Te quedas solo?

—Si Dorothy muerde, trataré de impedirlo —gruñó Zach.

Baldwin se encogió de hombros, y se esfumó; ya estaba harto de aquella vigilancia, si bien era cierto que se había producido algún movimiento de interés, pero en la pensión parecía terminar todo, ya que Dorothy debía considerarse segura.

Por su parte, Zach se metió en la pensión, el conserje incluso llevaba uniforme, aunque con poco decoro, ya que las manchas en la chaqueta eran muy visibles. Miró con ojos de pez a Zach, le escuchó, y no pudo oponerse a que Zach se presentara ante la habitación 16, llamando en la puerta con los nudillos, se filtraba luz por debajo de la puerta.

Se oyeron unos chirridos; crujidos. Zach insistió. Algo se arrastraba hacia la puerta. Una voz bastante pastosa, que indicó a Zach que Baldwin estaba en lo cierto, para una mujer como Dorothy, encerrarse con una botella de *whisky* es peligroso.

—¿Quién... quién es...? Estoy descansando...

—Me llamo Andregg, agente del

F. B. I.

Abra, Dorothy.

Se hizo el silencio, luego, Zach percibió unos jadeos.

—Abra, Dorothy. Salga de ahí —ordenó Zach.

—Estás mintiendo... ¡Perro, perro, perro...! Eres Duranthy... Conmigo... conmigo no lo conseguirás...

La sorpresa de Zach se evidenciaba por su inmovilidad. ¿Quién demonios era Duranthy? ¿Qué significaba aquello?

—Apártese, Dorothy —gruñó Zach—. Voy a echar la puerta abajo. Yo no tengo nada que ver con ese Duranthy; no le conozco.

Silencio.

Zach pensó que derribar la puerta sería un auténtico escándalo, y optó por recurrir a su ganzúa plegable; un trabajo de diez segundos sería suficiente. Introdujo la ganzúa en el ojo de la cerradura, y manipuló. Notó mientras, que se había apagado la luz de aquella habitación, Se dio prisa, maldiciendo entre dientes, y por fin, se abrió la puerta. Penetró en la habitación, y cerró a su espalda, mirando en torno, todo a oscuras, excepto el recuadro de la ventana...

Y hacia allí corrió Zach. Evidentemente, debía ser mucho el miedo de Dorothy, puesto que estaba tratando de huir por la ventana. Bebida, torpe, ataviada sólo con un ligero pijama, de pantalón corto, con la figura recortada al aire...

Ella emitió unos gritos roncacos cuando Zach la agarró por un brazo y la cintura; pataleó, quiso golpear al hombre del F. B. I.,

le lanzaba vaharadas de *whisky* al rostro... No obstante, su resistencia no pudo nada contra Zach quien, con facilidad, la arrancó del marco de la ventana, la arrastró dos yardas y luego la tiró sobre el lecho.

Dorothy se debatía entre las brumas de su cerebro y el miedo, mientras que Zach cerraba la ventana, y encendía la luz. Luego, ceñudo, mirando con fijeza a Dorothy, se acercaba, ella había caído de rodillas y estaba al borde del lecho, con su cabello teñido de negro un tanto alborotado, como el pecho; tenía dilatadas las aletas de la nariz, turbios aquellos ojos verdes...

Tras contemplarla unos segundos, Zach miró hacia una puerta del cuarto. Luego, fue hacia Dorothy, la agarró de un brazo, y tiró de ella, desoyendo sus protestas, sus gemidos... La condujo al

cuarto de aseo y sin más, la metió debajo de la ducha, lanzando el agua fría a toda presión sobre Dorothy, que se encogió se ahogaba al querer protestar, quedó empapada, con la fina ropa pegada al cuerpo, prácticamente sin secretos en aquellos momentos.

Zach, luego la sacó de allí, y la condujo al cuarto, dejándola sentada en una silla. El aspecto de Dorothy era lastimoso, aunque el liviano pijama húmedo, pegado a la piel, desvanecía cualquier sentimiento de compasión, una mujer con aquel cuerpo podía inspirar cualquier cosa excepto lástima.

—¿Más tranquila? ¿Más despejada, Dorothy? —inquirió Zach.

—Usted... usted...

—Se lo dije, Andreagg, del

F. B. I.

Creo que estaremos de acuerdo en algunas cosas. Usted tiene miedo, se oculta, sabe de qué tiene miedo, además. Usted trata de esfumarse desde el momento en que se ha enterado de la muerte de Merryvale. ¿Quién es Duranthy? ¿Es el asesino?

—Sí... ¡Sí, el maldito Duranthy...!

—¿Y teme que la mate a usted?

—Lo haría... Estoy seguro de que lo haría...

—Hábleme de Duranthy. Tranquilícese. Nada le ocurrirá, Dorothy. Acójase al

F. B. I.

¿Quién es Duranthy?

—Es... es un evadido de Leavenworth... Iba a cumplir siete años de condena, pero se ha fugado hace quince días... ¡Y lo primero que ha hecho ha sido matar a Frank...!

—Habrá un motivo para eso, Dorothy.

—Ninguno... Duranthy hizo trampas en un negocio de Frank, éste le denunció, y Duranthy fue encarcelado... Juró vengarse...

—¿Qué más?

—Eso es todo...

—No lo creo. Especifique, ¿qué negocio?

—Un negocio... no sé...

—Dorothy, piénselo bien. Tiene un minuto. Mientras yo telefono a la Delegación del

F. B. I.

Dorothy quedó encogida en la silla; miró hacia la botella que

estaba en la mesita de noche, bastante apurada ya. Pero no se movió. En cuanto a Zach, marcó el número de la Delegación, solicitando al inspector Andrews, que tardó sólo segundos en ponerse al aparato.

—¿Sí, Zach?

—Debemos tener algún aviso, alguna noticia en la Delegación de la fuga de un tal Duranthy de la Penitenciaría de Leavenworth, señor. Le puedo decir, por lo pronto, que Duranthy es el asesino de Merryvale. Además, Dorothy tiene miedo de constituirse en la próxima víctima. Bien. Para ir ganando tiempo, se trata de ordenar a todo el mundo la búsqueda, la localización, y captura, de Duranthy. Si no tenemos fotografías, que nos envíen alguna desde Washington, por velofoto. Se reproduce en un millar de copias, y a buscar.

—Pero... Duranthy, si estaba en la cárcel, no podía intervenir en el negocio...

—¡Ya lo sé! —masculló, furioso, Zach—. Pero aclararé eso, señor. Hay que encontrar a Duranthy. Yo me ocupo de lo demás.

—De acuerdo.

Zach colgó; miró a Dorothy. Se acercó a ella, despacio.

—Duranthy es el asesino de Merryvale, Dorothy, lo creo —dijo—. No obstante, parece que a Merryvale le han matado por un asunto distinto al que yo rastreo. Para ir aclarando las cosas, dígame: ¿por qué se dejó encerrar usted? El estúpido robo de un auto, intento de eludir a la policía...

—Tenía prisa...

—¡Eso ya lo dijo en el juicio! ¡Yo quiero la versión auténtica!

—No hay más... Yo...

—Iré más directo al asunto, Dorothy —casi le escupió Zach, inclinándose sobre ella—. De este negocio sucio, corrompido bastardo, inhumano... Hábleme de la trata de blancas, de la organización de Merryvale. Dígame todo lo que sepa. ¡Todo!

El rostro de Dorothy volvía a presentar un tono gris. Sin embargo, pudo reaccionar.

—Trata... trata de blancas... ¿De qué me habla?

—Es el negocio que ha estado explotando Merryvale...

—Lo ignoraba, no le creo...

—¡Y quizás lo de Duranthy tenga algo que ver con esto! Y no

deja de ser curioso también que todos los hechos se producen cuando yo he destrozado la organización en la isla de Andros...

—No sé nada de trata de blancas... No sé...

La bofetada restalló en la estancia, la mejilla izquierda de Dorothy adquirió un vivo color rojo, que destacaba mucho del resto de la tez. Los grandes ojos verdes parecían extraviados, llorosos...

—Dorothy... Empecé a pegar a Andros y voy a seguir haciéndolo. Pegaré duro... Duro como nunca. No lo tolero, ¿lo comprende? La idea me revuelve el estómago. Ese negocio es algo que está más allá de mis límites de tolerancia. Quiero saber la verdad, como sea. Pegando, destrozando... Y no hablo en vano.

La segunda bofetada lo demostró.

Dorothy cayó al suelo, derribando la silla, se produjo un exceso de ruido, que de pronto pareció calmar Zach. Miró hacia la puerta y luego a Dorothy, que se incorporaba penosamente, quedando de rodillas.

—¿Quién dirige la organización? ¿Quién? —masculló Zach.

Silencio.

Zach esbozó una torcida sonrisa.

—En realidad, la comprendo, Dorothy —dijo—. No es lo mismo aceptar la acusación por el robo de un auto, que admitir estar involucrada en un asunto auténticamente grave. ¿No es así? Usted no quiere hablar, no quiere aceptar la acusación. Usted era cómplice de Merryvale, del negocio. Usted, en Savannah, donde robó el auto, probablemente se vio comprometida por alguna operación de embarque de alguna muchacha... Y de ahí que aceptase la acusación menor... Y dos años de cárcel dejando a Merryvale en el silencio, en el anónimo. Y cuando usted sale, él ya tiene a otra mujer...

Dorothy no despegaba los labios.

Estaba aterrada, y Zach comprendió que había dado en el clavo, ella difícilmente admitiría pertenecer, haber pertenecido al tinglado monstruoso de Merryvale.

No obstante, de un modo fugaz, pero con intensidad, por el cerebro de Zach pasó una imagen; una chica muy joven, bonita, con deseos de estudiar, de trabajar, de triunfar honestamente... La desdichada Sue, que lloraba tanto su ilusión derrumbada. Una víctima más, que había tenido suerte...

Por tanto, Zach abandonó sus vacilaciones.

Se dirigió de nuevo al teléfono, y marcó un número distinto. Esperó más de medio minuto, maldiciendo, hasta que oyó la voz; la inconfundible voz de Nick, su confidente negro:

—¿Quién llama?

—Yo. Nick.

—¡Señor Andregg! Me alegro de oírle...

—Quiero un favor, Nick.

—Lo que usted diga, señor Andregg.

—Solamente tu lanchón. ¿Lo tienes disponible, utilizable?

—Por supuesto, señor Andregg... A su disposición.

—¿No te causo trastornos? —inquirió Zach.

—No, no. Y aunque así fuese.

—¿Lo tienes donde siempre, Nick?

—Sí.

—Gracias. Nos veremos pronto.

—Gracias a usted, señor Andregg. ¿Algo más?

—Nada por ahora. Gracias de nuevo.

Y colgó.

Se volvió hacia Dorothy.

—Vístase —ordenó.

—¿Qué quiere ahora...? —Casi sollozó Dorothy—. No tiene ningún derecho a detenerme. Yo he cumplido mi sentencia, y...

—Iremos a dar un paseo por alta mar, Dorothy. Allí la convenceré para que me explique toda la verdad sobre la trata de blancas. ¿Usted cree posible que Merryvale abandonase el negocio durante los dos últimos años? Precisamente, cuando usted ingresó en prisión. Pudo hacerlo, quizás, para adelantarse a usted si hablaba... Y borrar pistas, decir que usted mentía... No se fiaba de usted, y aparentemente lo abandonó. Pero sólo en apariencia, porque el negocio sigue. ¿Y quién lo dirige? ¿Quién? No es Duranthy... Duranthy no ha podido hacerlo desde la cárcel. Por tanto, es obvio que usted oculta muchas cosas. ¡Vístase!

Dorothy no despegaba los labios.

Sobre aquello, ni palabra. Significaba algo mucho peor que dos años de cárcel...

Silencio sobre aquel asunto, aunque aquel federal la despellejara. Silencio. Lo suyo era el silencio...

Y obedecer.

Fue, tambaleante, hacia el armario. Allí tenía el paquete de ropas adquirida aquella mañana. Se desnudó, de espaldas a Zach, y tiró el húmedo y delicado pijama de cualquier manera. Luego, empezó a vestirse. Un par de minutos, y estuvo lista, con el pantalón de un rojo fuerte y la casaca estampada. Su cabello estaba en bastante malas condiciones, pero Dorothy ni siquiera tuvo tiempo para mirarse al espejo.

—Vamos —dijo Zach.

—Pero..., un paseo por alta mar...

—¿No lo ha comprendido? Allí nadie la oirá gritar, sólo yo, y le aseguro que no voy a sentir el menor remordimiento, ni escrúpulo. Andando. De todos modos, si lo ha pensado mejor...

Dorothy apretó los labios.

—Vamos, salta.

Zozobró un poco la lancha, al recibir el peso de Dorothy, y a continuación el de Zach. Éste hizo un gesto, señalando la entrada del único camarote.

—Abajo —gruñó.

Dorothy obedeció una vez más. Estaba segura de que en su violencia aquel hombre tendría un límite. En cambio, confesar significaba terminar la vida entre rejas. Valía la pena resistir... Bajó, con Zach detrás. Y Zach encendió la luz. Un pobre camarote, con olores mezclados, tabaco, *whisky*, guisos que se preparaba Nick en la diminuta cocina...

—Siéntese ahí; las manos a la espalda.

Dorothy se sentó en una silla plegable, detrás había una argolla que Zach aprovechó para asegurar a Dorothy, con las esposas. Luego, sin más, subió a cubierta, para preparar la partida del lanchón. Encendió las luces de posición reglamentarias, e iba a desamarrar cuando, junto al mojón de hierro donde estaba amarrada la lancha vio a aquel hombre, en pie, con una automática en la mano. Otro, estaba saltando ya a la lancha.

Zach, que estaba inclinado, empezó a erguirse, mirándoles.

Por lo pronto, tuvo una impresión desagradable, aquellos dos tipos no parecían matones de los que se emplean ocasionalmente, demasiado sobrios. Dos tipos que, en opinión de Zach, conocían su

oficio. El que subió en último lugar, se encaró a Zach:

—¿Ella está abajo? —inquirió.

—¿A quién se refiere?

—No perdamos tiempo. Lo averiguaremos por nosotros mismos. Baja tú primero —se dirigió a su compañero.

El tipo caminó hacia la entrada, bajó inclinado. Era bastante alto, de poderosas espaldas. El que amenazaba a Zach era algo más bajo, pero recio, bronceado, fuerte, con algunas canas...

Las pisadas de los tres hombres atrajeron la mirada de Dorothy, que les miraba, palidísima. Algo no iba bien...

Estaban amenazando al agente del

F. B. I...

—¿Quién les envía? —inquirió, de pronto Zach—. ¿Duranthy?

No obtuvo respuesta. Los dos hombres estaban mirando a Dorothy. El más alto dio unos lentos pasos hacia ella.

—¿Cómo nos han localizado? ¿Me han seguido? ¿Desde dónde? —Lanzaba sus preguntas Zach, rabioso.

No tuvo más éxito que con sus preguntas anteriores. Aquellos dos tipos no eran unos bocazas, grave la expresión, atentos a lo suyo...

Y el más alto se situó de espaldas a Dorothy, que empezó a girar la cabeza para ver lo que hacía el tipo.

Y fue a gritar, pero aquel hombre lo impidió con un rapidísimo movimiento, la tira de cuero que llevaba en el bolsillo se distendió, y rodeó el cuello de Dorothy. Ahogó el grito. Luego, el tipo, ante el aturdimiento de Zach, petrificado por aquel espectáculo, empezó a dar tirones.

Los ojos de Dorothy eran ya dos globos enrojecidos, con las manos trabadas por las esposas, ni siquiera pudo intentar la defensa, arrancar de su cuello la tira asesina... Y el tipo, ante tantas facilidades, seguía estrujando aquel cuello.

Zachary se estremeció, por fin, y oyó:

—No se mueva.

Zachary no sintió compasión por Dorothy, no obstante, le produjo cierto impacto la frialdad de aquel asesino, la forma de estrangular a Dorothy, de lacerarle el cuello, y dejarla luego colgando, como rota, aun sentada en la silla, sin caer al suelo a causa de las esposas que la sujetaban a la argolla.

—Esto está listo —dijo el estrangulador.

—Sí. Sube; te sigo.

—Dispárale ya.

—Sé lo que hago.

El estrangulador estaba pasando junto a Zachary cuando éste, entendiendo que si no se movía iba a recibir dos balazos en los riñones, optó por actuar.

Interesaba, en primer lugar, anular la amenaza de aquella automática situada muy cerca de su espalda.

Mientras giraba, lanzó la diestra, de canto, contra el lugar en que calculó se encontraba el brazo de aquel hombre quien, en efecto, recibió el impacto en la muñeca, disparó, pero sólo fue perceptible el fogonazo, ya que la automática lleva silenciador acoplado, el fallo de aquel disparo le costó recibir un durísimo puñetazo entre los ojos, que le tiró de espaldas, manoteando, aturdido, quedando pegado de espaldas a ella, los brazos en cruz, y la pistola a sus pies.

El estrangulador cometió un error, utilizar su método favorito, quiso rodear el cuello del hombre del

F. B. I.,

con su mortífera tira, lo era entre sus grandes y fuertes manos.

Además, todo le parecía muy fácil, cuando consiguió rodear el cuello de Zach. Éste, hinchadas las venas del cuello, tensos todos los músculos, con una formidable serenidad, supo soportar aquel tirón, dando gracias por su buena suerte. Dejó que el tipo siguiera con las manos ocupadas, y, por su parte, con rapidez, evitando nuevos tirones, deslizó la diestra hacia su costado izquierdo, ya con la automática en la mano, asomó el cañón por el costado, en diagonal, un poco hacia arriba, de modo que la boca del arma miraba directamente al corazón del tipo.

Zach no corrió riesgos, disparó tres veces.

Las detonaciones resonaron estruendosamente en la estancia.

Las sacudidas de aquel hombre eran indicio claro de que había sido tocado. Muerto, en efecto, retrocedía, con las manos sobre el perforado corazón, hasta que cayó de espaldas, quedando con la cabeza casi debajo del amoratado rostro de Dorothy, que le acariciaba con los colgantes cabellos.

El otro tipo se había inclinado para recoger su automática, y

Zach tuvo que saltar a un lado, evitando el disparo, que destrozó la botella de *whisky* de Nick, y rebotó aullando por el pequeño camarote.

Tras su disparo, aquel hombre entendió que lo inteligente era intentar la fuga, y quiso salvar las escaleras con un par de saltos. Bien el primero. El segundo era muy problemático, con un balazo en la nalga derecha, perdió las fuerzas, resbaló, rodó luego por el suelo del camarote, pero buscando a Zach, disparando...

Fue un rápido infierno.

Zach trató de evitar la muerte de aquel hombre, pero el instinto de conservación prevaleció, se vio obligado a tirar a matar, ante la peligrosidad de aquel hombre. Le clavó el plomo sobre el ojo izquierdo, y el tipo quedó de cara al techo, con un tercer ojo negruzco, del que manaba sangre.

Luego, jadeando, aun con la tira colgando de su cuello, sudoroso, hinchadas las venas, Zach contempló a los tres muertos.

Sentía aquella conocida sensación, su acceso de ira... Aun habría más cadáveres, más sí... Los que fuesen necesarios. El pisaría la cabeza de aquella organización de monstruos...

Oyó agitación en el muelle, silbatos de agentes de policía. Sintió fastidio. Daría explicaciones y se largaría de allí.

CAPÍTULO VII

POR lo pronto, los objetos y papeles que llevaban los dos muertos encima, estaban sobre la mesa del inspector Andrews. Papeles que no decían absolutamente nada. Uno de ellos sólo llevaba una licencia de conducir, a nombre de Eli Meeker. El otro, el estrangulador, un documento que no tardó en comprobarse que era falso.

El inspector estaba diciendo:

—No es seguro que te siguieran, Zach. Pudieron llegar hasta la pensión donde se encontraba Dorothy Loy por otros medios... Era evidente su propósito de matarla, de cerrarle la boca...

—Sí, señor; eso es evidente. Pero, diga: ¿cree tan sencillo encontrar a alguien en toda el área de Miami y Miami Beach? Sólo nosotros, el

F. B. I.,

sabíamos dónde se encontraba Dorothy. Y, naturalmente, no voy a sospechar de Baldwin, pongamos por caso... Me siguieron, señor. Nadie podrá convencerme de lo contrario. Y para seguirme, partieron de la escuela de danza, puesto que yo salí de ella para dirigirme directamente a la pensión.

—Está bien, tiene lógica... ¿Conclusiones, pues?

—Nada nuevo —gruñó Zach—. Alguien de la escuela está mezclado en el asunto.

—¿Loreta Crozier?

—No lo sé, pero lo dudo.

—Miss Fanny Sitter, entonces.

—No voy a acusar a nadie sin tener seguridad de lo que hago. Pero una cosa es cierta, nos están dejando sin pistas. Alguien sabe que las cosas fueron mal en Andros, y trata de barrer con todo el

tinglado, sin dejar huellas. Y otra verdad como un puño, señor, aún no me decido a creer o no lo de que Merryvale estuviera dos años sin actuar... De ser así, destaca una cosa, alguien ha proseguido sus actividades.

—¿Sin conocimiento de Merryvale?

—Tal vez.

El inspector Andrews meneó la cabeza.

Se le veía inmerso en un problema difícil, pero trataba de buscar la solución con calma.

—Espero que te des cuenta de una cosa, Zach —dijo—: Quien sea que haya proseguido las actividades de Merryvale, no puede ser Duranthy... Éste se encontraba en la cárcel hasta hace poco más de dos semanas.

—Ya he pensado en eso, señor... Y lo desconcertante es que Dorothy estaba convencida de que Duranthy es el asesino de Merryvale. Es más, Dorothy, al ocultarse, sólo pensaba en Duranthy, temía a Duranthy. Eso me consta.

—Bien...

—¿Noticias sobre ese hombre, señor?

—Aún no. Estamos trabajando rápido, pero es pronto, Zach. Ya tenemos distribuidas un millar de copias de su fotografía... Es cuestión de espera, tan sólo...

—¿Y qué vaya muriendo más gente? —rezongó Zach.

El inspector se acarició el mentón.

—Parece ser que había bastantes complicados, ¿eh, Zach? —dijo.

—Desgraciadamente, sí. ¿Qué dice el expediente de Duranthy sobre el negocio al que estaba asociado con Merryvale?

—La escuela de danza, la fundaron juntos. A Duranthy se le condenó por lo siguiente: una noche trató de entrar en Abbot Avenue, el domicilio privado de Merryvale. Este le sorprendió con la caja abierta. Duranthy, furioso, arremetió contra él, y le causó lesiones de cierta consideración... De no intervenir un criado, quizás le hubiese matado. Duranthy estaba como loco... Merryvale le denunció, le atraparon... El caso es que Duranthy estuvo guardando un hosco silencio sobre sus motivos... Algunos personajes trataron de defenderle diciendo, alegando, que Duranthy había actuado de aquel modo por creer que Merryvale era el

causante de que la novia de Duranthy hubiese abandonado a éste.

—¿Abandonado? —inquirió, rápido, Zach.

—Eso consta en el expediente.

—Abandonado... ¿Se encontró a esa mujer?

—Pues no...

—¿Ni siquiera compareció para declarar, o...?

—No. Se esfumó.

—Ya... Merryvale realizó un sucio negocio más con ella... Y Duranthy sospechó algo, aunque sin alcanzar la verdad... Le ha costado muy caro —comentó Zach.

—En efecto. Y ahora, sale para vengarse... De Merryvale, y de Dorothy. Quizás, hayamos terminado con la organización, y todo lo que sucede sea cosa de la venganza de Duranthy.

—En absoluto. Sigue el negocio, señor, es obvio.

—Sí, hay pruebas... Es cierto. ¿Y bien, Zach? ¿Qué se te ocurre hacer? Hasta que atrapemos a Duranthy iremos a ciegas...

Zach encendió un cigarrillo.

—Es posible —dijo—. Pero a veces, los palos de ciego también dan resultado, señor.

—Sólo a veces, recuérdalo. Y...

En aquel instante, llamaban a la puerta del despacho.

El inspector Andrews dio permiso, y entró el agente especial Eider Grane, encargado aquella noche del teletipo, llegaba muy pomposo. Eider estiró la tira de teletipo, y miró al inspector y a Zach.

—Bueno, Eider, ¿qué? —masculló, impaciente, Zach.

—Tranquilo, Zach... Sólo miraba si están bien sentados...

—Adelante —ordenó el inspector.

—El teletipo es de Atlanta, de nuestra Delegación allí, señor. Y el informe es relativo a Duranthy.

—¡No me digas que le han encontrado en Atlanta! —Gruñó Zach.

—No exactamente. En un pueblo a veinte millas de la capital. Y lo más curioso es esto: Duranthy estaba en una casa de campo, oculto, desde hace nueve días. Sigán escuchando, Duranthy, huyendo como una fiera, tuvo mala suerte, y se rompió una pierna. Como pudo, llegó a esa casa de campo, y ha permanecido allí, amenazando a sus moradores con una pistola, siempre con algún

rehén a su lado. La pierna rota precisaba de unos cuidados que Duranthy, siempre por miedo, es lógico, consideró peligroso recibir. De ese modo, se han presentado complicaciones en la fractura, y hace sólo un par de horas que míster Robertson, el dueño de la casa de campo, se ha presentado a denunciar la presencia de Duranthy en su casa. Duranthy no ha podido evitarlo por una razón; está enfermo. Fiebre, desmayo...

Se hizo un silencio.

—Entonces, es obvio, Duranthy no ha podido estar aquí... Ni para matar a Merryvale, ni para intentarlo con Dorothy... No es muy probable que Duranthy, en sus circunstancias, contratase a dos hombres para hacer el trabajo... Duranthy ha estado como un perro rabioso, amenazado y en muy precarias condiciones...

—Eso se desprende del informe, Zach —dijo Eider.

El inspector inquirió:

—¿No cabe la confusión, Eider?

—Imposible, señor. Ahora, Duranthy se encuentra en el hospital de la penitenciaría de Atlanta, recibiendo los cuidados oportunos. No se le ha podido interrogar, fiebre alta, delirios..., ya saben. Pero salta a la vista que de todo lo ocurrido sólo hay un inocente. Duranthy.

—Lo que no sé es si eso aclara las cosas o las complica —suspiró el inspector Andrews.

Zach se puso en pie.

—Yo creo que despeja una incógnita importante, señor —dijo.

—¿De veras?

—Me marchó.

—¿Tienes sueño? —inquirió el inspector.

—No. Aún es pronto. Sólo pasan unos minutos de las diez.

—¿Y ocurre algo especial a esta hora?

—Podría ocurrir —sonrió, levemente, Zach.

—¿Podemos tener el privilegio de conocer tus planes?

—Desde luego, señor...

La calle Eaton, y la pensión.

Zach, desde la acera de enfrente, echó un vistazo. En verdad, no parecía que hubiese nada que temer. Y no por sí mismo, sino por la persona que estaba en aquella pensión.

El hombre del

F. B. I.,
cruzó la calzada, que casi ardía aún, después de muchas horas de sol sobre el asfalto.

Se metió en la pensión, y fue recibido por una mujer de unos cincuenta años, de muy buen aspecto en cuanto a limpieza, a cuidado personal. Una mujer, además, que le miraba con recelo, extrañeza.

—Busco a Sue Dawson —dijo Zach.

A la mujer no le gustó aquello.

—¿A estas horas, señor? *Miss* Dawson duerme.

—Bien...

—Y no recibe, señor. No sé qué se propone, pero grábese esto en la mente, *miss* Dawson es una chica honrada, y también mi casa.

—Temo que se está confundiendo, señora; o quizás ha sido culpa mía por no presentarme. Soy Zach Andregg, agente del

F. B. I.

¿Quiere comunicárselo a *miss* Dawson?

Los ojos de la mujer se redondearon.

—Del

F. B. I...,

Señor, usted debe estar confundido...

—Y usted también. ¿Quiere decirle que estoy aquí? Por favor.

—Sí... sí, sí... Pobre niña... No creo que haya hecho nada malo...

—Desde luego que no.

La mujer desapareció.

Regresó un instante más tarde. Hizo una seña, y Zach la siguió. Una de las puertas estaba abierta, se había encendido la luz, y cuando Zach entró en el cuarto, vio a Sue envuelta en una bata, con los ojos muy abiertos. Unos ojos que estaban irritados..., enrojecidos. Era obvio que llevaba buen rato llorando.

Zach entró, y cerró la puerta, dejando en el pasillo a la patrona.

Avanzó hacia la joven, mirándola a los ojos. Ella estaba en pie, junto al lecho, estrujándose las manos.

—No dormías, Sue —dijo Zach.

—No... no, señor Andregg...

—Estabas llorando —dijo, con suave reproche, Zach.

Sue inclinó la cabeza, temblaron sus labios, conteniendo el

llanto.

Zach, con movimientos tranquilos, tocándola con dulzura, la tomó por los hombros, y la sentó en una silla.

—Mírame, Sue —ordenó—. Y escucha esto ahora. Me creo obligado a decirte algo, algo... grave. Has estado a punto de caer en las redes de una organización dedicada a la trata de blancas.

Los ojos de Sue se abrieron desmesuradamente.

A medida que la idea penetraba en su mente, Sue palidecía. Estaba muy quieta, mirando a Zach, como si éste sólo fuese un sueño ante ella.

—¿Lo has comprendido, Sue?

—Pero..., no... no es posible, señor Andregg...

—¿No confías en mí?

—¡Sí! Claro que sí... Es... ¡Es horrible! Y no lo comprendo aún...

—Todo era falso, Sue. La beca no existe; no hubiese habido viaje a Europa, para perfeccionar tus estudios de *Ballet*, sino... un viaje con rumbo desconocido, y... muy triste destino. Ahora, Sue, ya lo sabes. Y si piensas un poco, comprenderás que no hay razón para tus lágrimas, ni para que te consideres desdichada. En realidad, has sido una chica afortunada. ¿Estás de acuerdo?

—Dios mío... Pero... me decían que... que...

—Bueno, sigue, Sue; ¿qué te decían, y quién te lo decía? He venido por eso..., y para verte, y tratar de reconfortarte un poco —sonrió Zach.

—Estoy tan aturdida...

—Debes tranquilizarte. Te garantizo que ya no existe el menor peligro para ti.

Lo que Zach no dijo es que, durante el camino, había sufrido como un condenado, temiendo que hubieran decidido cerrar la boca de Sue, para que la joven no proporcionara ningún dato.

Si no se habían preocupado de ella, podía ser por dos razones. La primera, que Sue supiera muy poco. Segunda, que en lugar de seguir con más crímenes, que no hacían más que tejer una telaraña cada vez más espesa en torno al propio asesino, éste hubiera decidido huir, por ejemplo u ocultarse. Después de matar a Dorothy, esfumarse, convertirse en humo.

—¿Quién te habló de la beca? —inquirió Zach.

—Miss Sitter...

—¿Y qué dijo al respecto el señor Merryvale?

—Pues... nada... Nada.

—¿Nada, Sue?

—Yo no hablé con el señor Merryvale...

—¿Cómo es posible?

—*Miss Sitter* me dijo que el señor Merryvale actuaba con discreción... Adujo que lo hacía así por no despertar los celos de las demás alumnas. Y que ella, *miss Sitter*, lo arreglaba todo... Yo, muy agradecida, muy ilusionada, obedecía en todo a *miss Sitter*... Pero, de verdad, no hablé de esto con el señor Merryvale... Señor Andregg..., estoy recordando a dos chicas... Tengo miedo... Maggie Perkins, y Ava Nunn. Esas chicas...

—No te preocupes, están a salvo. Las rescatamos de un buque en la isla de Andros, Bahamas —cortó Zach—. Ni siquiera supieron explicar cómo llegaron hasta allí. Lo único que dijeron, y en eso concuerdan contigo, es que les fue ofrecida una beca, que firmaron un papel, que hablaron con *miss Sitter*... Vaguedades que ahora cobran más sentido. Y más, tarde la muerte del señor Merryvale.

—Nunca hubiera sospechado esto, señor Andregg...

—Es evidente, Sue. Cuando seleccionan víctimas, saben por qué lo hacen. Prefieren las candidatas con una gran dosis de ingenuidad, Sue.

La joven enrojeció un poco.

—Muy amable, señor Andregg... Más o menos, ha querido decir que soy una estúpida... —musitó.

—No, Sue. Nada de eso. He dicho ingenua tan sólo.

—Sí, tiene razón... Y yo... ahora...

Parecía perdida.

Perdida, desolada, triste...

—¿Qué más puedes decirme sobre *miss Sitter*?

—Nada más... Ella parecía realizar su trabajo, simplemente.

Zach asintió con la cabeza, dijo:

—Y os pedía que no hablaseis de ello.

—Sí.

—Y las muchachas, por miedo a perder esa gran oportunidad, cerraban la boca.

—Como yo, claro... Pero ¿cómo sospecharlo, señor Andregg?

Zach estaba asombrado. En realidad, el procedimiento de *miss*

Sitter no podía ser más sencillo... Era ella quien proseguía el negocio; ella. Obligando a las chicas a callar, con una excusa casi burda, no despertar los celos de las otras... Y de ese modo, Merryvale no tenía noción de lo que estaba ocurriendo en su escuela. En cuanto al movimiento de alumnas, podía ser considerado normal, aparte de que en los últimos dos años las operaciones habían sido más espaciadas, menos numerosas.

Zach se puso en pie.

—¿Se marcha, señor Andregg? —inquirió, rápidamente Sue.

Zach la miró a los ojos.

La muchacha enrojeció.

—Descansa, Sue —dijo—. Y olvida esto. Lo ocurrido ha sido lo mejor para ti.

—Sí... Sí, lo comprendo... Gracias, señor Andregg.

—¿Por qué lloras ahora, Sue?

—Yo..., no sé qué voy a hacer... Todas mis ilusiones, mis esperanzas mis sueños... Y todo era una cruel mentira...

—Eres muy joven, Sue. Reacciona.

Ella asintió con patéticos movimientos de cabeza.

Zach observó aquella figura, aun envuelta por la bata, se notaba la diferencia entre sus piernas y el busto, una clásica estampa...

—Sue..., volveré a verte —dijo Zach, de pronto.

—Oh, sí le molesta...

—De ningún modo. Dime: ¿crees que tú y yo podemos ser buenos amigos, Sue?

Sue enrojeció un poco, le miraba a los ojos.

—Sí, señor Andregg... —musitó.

—Pues vas a confiar en mí, entonces. ¿De acuerdo?

—Sí, señor Andregg...

Zach no quiso alargar la situación.

—Hasta pronto —dijo.

Dio unos pasos hacia la puerta.

Antes de abrir, pareció pensar algo, y giró de nuevo hacia Sue, mirándola con expresión reflexiva.

—Otra cosa aún, Sue. Dime: ¿*miss* Lorena Crozier ha... intervenido de algún modo? Parece ser que no tiene noción del asunto de las... becas, no obstante, quizás tú puedas... ¿No?

Sue negaba con la cabeza.

—No, señor Andregg —dijo—. Lorena es una buena profesora, simplemente. Y me parece una persona seria. Pero..., comprendo que mi opinión no sirve de mucho... ¿Sospecha que ella también...?

—Sólo era una pregunta, Sue. No podemos permitirnos el lujo de descartar a nadie. ¿Lo entiendes?

—Sí, que sospechan de todo el mundo.

—No exageres, Sue... —rió brevemente Zach.

—Perdone..., no es una manera muy correcta de mostrarle mi agradecimiento...

—No hables más de eso. Métete en cama, ¿de acuerdo?

Sue consiguió un fuerte suspiro, un poco tembloroso al final. Dijo:

—No tarde mucho en venir a verme, señor Andregg...

CAPÍTULO VIII

LA televisión de la salita estaba en marcha, pero Fanny Sitter no prestaba la menor atención al programa, como si no existiera. El mundo de Fanny Sitter, era una realidad, un mundo de miedo y de alarma en aquellos momentos.

La alarma había empezado como una débil palpitación. Y ésta empezó a crecer, a convertirse en un latido monstruoso. Los nervios de *miss* Sitter empezaban a resentirse del esfuerzo por serenarse, y ver las cosas con calma. Y así, examinándolas fríamente, era aún peor, mucho peor. Considerando que los agentes del

F. B. I.,

como habían demostrado en la isla de Andros, conocían su oficio, el peligro para *miss* Sitter era inminente.

Tal era la fuerza de aquella impresión, que Fanny incluso más de una vez, aquella tarde, y ya entrada la noche, había tratado de averiguar si era observada, vigilada, por el

F. B. I.

Y fisgó al exterior a través de todas las ventanas de su *bungalow*, sin ver nada, a nadie.

Todo era como siempre, el bello paisaje marítimo de Los Altos del Mar.

Allá, en el centro de Miami Beach, cocoteros, un parque frondoso lleno de aroma, la playa a unos cientos de yardas...

No la vigilaban, era extraño... Y en todo caso, ¿cuánto tardarían en llegar hasta ella?

No, no; la situación era insostenible.

Todo, en realidad, lo había hundido la joven Sue Dawson, llegó en el peor momento, estando presente el tal Andregg, del

F. B. I.

¿Y acaso Andregg no sospechaba? *Miss Sitter* sabía que en cuanto le hiciesen preguntas directas, se hundía.

Y no podrían tardar.

Pues no. Decididamente, ella no podía estar allí cuando llegara Andregg.

Se puso en pie.

Pasó de la salita de su habitación, sin luz. Se acercó a la ventana, para espiar una vez más. Quizás la estaban esperando, si era así, en cuanto saliera la atraparían, y ya no valían explicaciones. Pero no veía a nadie.

Fanny Sitter, nerviosa, empezó a preparar sus cosas, lo justo. Se quitó la fresca bata que llevaba, y los senos casi saltaron, era su único atractivo, sí. Pero Fanny no podía perder tiempo en contemplarse en el espejo aquella noche. Recoger lo necesario, abandonar el *bungalow*, y desaparecer. Se las arreglaría bien, esperaba, para salir de Miami. Y a medida que se sintiera más segura, sus ideas serían más claras con respecto al rumbo que le convenía tomar.

Se puso la ropa interior, y luego un vestido-pantalón, oscuro, discreto, se recogió el cabello con una cinta de terciopelo. Puso cuatro trapos en una pequeña maleta y lo último que eligió fue el calzado, unos zapatones de tosco tacón-suela de corcho, pintado de oscuro.

Tomar la maleta, y largarse, era lo único que quedaba por hacer.

—¿Qué te pasa, Fanny? ¿Vas a algún sitio?

Giró.

Primero sintió miedo. Luego, pareció sentirse un poco mejor.

—¿Qué haces aquí? —musitó.

—Ya ves.

—Es una imprudencia, sospecho que me vigilan...

—¿Y te ibas?

—Sí, sí... Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Por qué razón, Fanny?

—¿No ves el peligro, acaso? Todo amenaza ruina...

—Bueno, confieso que lo pensé, Fanny. Por eso estoy aquí. Todo lo que amenaza ruina es mejor... demolerlo, cuando no se puede apuntalar. Y éste es tu caso, estás nerviosa, huyes...

—¡Es lo sensato! Todos sabemos que ciertas cosas tienen, tarde o

temprano, su final.

—Sí, es verdad... Todo tiene su final, Fanny.

Fanny retrocedió.

Su mirada estaba muy fija en la boca de aquella pistola, aparecida de súbito.

—Espera... No puedes hacer eso...

—Buen viaje, Fanny.

—¡Te atraparán de todos modos...!

Una risa, la voz:

—Imposible. Imposible, Fanny. ¿O sabes de alguien que sospeche de mí?

—Aun así, lo conseguirán... Lo... ¡Noooo...!

Tres disparos.

Había que atravesar el pecho de Fanny, para que los proyectiles llegaran al corazón. Fanny, muerta, con los ojos abiertos, fue retrocediendo, hasta chocar de espaldas con un tabique, fue deslizándose, hasta quedar sentada.

Alguien se iba.

La televisión seguía en marcha, debía tratarse de un *show* gracioso, pues hasta tenía risa incorporada...

—Tanner.

—¿Sí, Zach?

—Vuela a Los Altos del Mar. Ya sabes, *bungalow* de Fanny Sitter —dijo Zach, por teléfono.

—¿Ha ocurrido algo?

Zach miró el cadáver de Fanny.

—La han matado —gruñó—. Manda un equipo también. Hay que analizar a fondo todo lo que haya aquí, huellas, lo que sea, lo que veamos... No pierdas el tiempo.

—Zach, demonios... Y ahora, ¿qué? Muerta Fanny Sitter...

—Sí, sí, Tanner, me he dado cuenta de que el problema parece no tener solución. Pero para eso estamos nosotros, para buscarla. Otra cosa: que Ben se ocupe de averiguar los movimientos de Lorena Crozier durante las dos últimas horas. Fanny Sitter lleva muerta cosa de una hora, por lo que veo. ¿De acuerdo en todo?

—Sí. No tardo, Zach. Reúno el equipo, y vuelo.

—Bien.

Colgó el teléfono.

Mirando el cadáver de Fanny Sitter, esbozó una torcida sonrisa. No podía esperar mejor suerte aquella bruja... Y, por supuesto, no era suicidio, así que alguien que había matado a Merryvale, a Dorothy, y a Fanny Sitter, campaba, cerrando bocas. Y ya no había más bocas por cerrar. El asesino podía pensar en vivir tranquilo...

Zach sacudió la cabeza, prefería deshacerse de aquellos negros pensamientos, y empezar a hacer algo.

Por ejemplo, allí estaba la maleta. Si Fanny huía, debía llevar encima...

Zach sacudió la cabeza, prefería deshacerse de aquellos negros pensamientos registro, tal vez tenía la seguridad de que nada de lo que pudiera ser hallado por el

F. B. I.,

le comprometía...

Zach fue sacando prendas, las registraba, tanteaba los dobladillos, lo miraba todo atentamente... Nada de interés había en la maleta, a excepción de un doble fondo, que Fanny Sitter tenía preparado desde hacía mucho tiempo. Zach descubrió la cavidad, y miró aquellos fajos de billetes, un pasaporte. No había mucho dinero, unos tres mil dólares. ¿Tan poco rendía el negocio?

Pero no había más. Ni comprobantes de ingresos en que se indicara que Fanny huía con más dinero del que parecía a la vista.

Estaba aún reflexionando sobre ello, cuando hizo su aparición Tanner.

—¿Y el equipo? —inquirió Zach.

—Dentro de cinco minutos.

Tanner miró el cadáver.

Se acercó unos pasos.

—Tres balazos en el corazón, Zach —murmuró.

—Se aseguraron, sí.

Luego, Tanner miró en torno, y hacia el lecho, donde estaba la maleta vacía, con el contenido desparramado, con orden, por encima de la cama.

—¿Has encontrado algo? —inquirió Tanner.

—Aunque parezca paradójico, sí; nada.

—No entiendo... ¿Estás bromeando?

—En absoluto. *Miss* Sitter huía con sólo tres mil dólares, eso no

es lógico. Por consiguiente, lo que he encontrado es que ella debía tener algún depósito oculto. Como no veo nada que nos pueda conducir a tal depósito, quiere decir que hay que registrar concienzudamente el cadáver..., mantener la esperanza de que ese depósito nos conduzca a algo positivo.

—Ya... Están llegando los demás.

—Manos a la obra, entonces.

Se recibió una llamada en el despacho del inspector Andrews, y éste dijo:

—Para ti, Zach.

—Sí, Ben —gruñó.

—Hemos perdido el tiempo, Zach.

—¿Seguro?

—Por lo menos, lo he perdido yo. Lorena Crozier parece descartada del asunto...

—¡No la habrán matado! —exclamó Zach.

—No, no... Vive en un edificio de apartamentos... Bueno, ya sabes. Llegó esta tarde muy impresionada, se ha encontrado mal. Una vecina la ha estado atendiendo. Está en cama... Concretamente, no ha salido, no se ha movido.

—¿Y eso te lo ha explicado ella?

—No. La vecina. La sonsaqué.

—Ya...

—Malas noticias, ¿no, Zach?

—Por lo que respecta a *miss* Crozier, son buenas. Para nosotros, pésimas porque, para que lo sepas, acabo de borrar de la lista a nuestro último sospechoso.

—¿Qué hago ahora? —inquirió Ben.

—Vuelve.

Y Zach colgó el teléfono. Su gesto de pésimo humor era notorio. Pensaba en su actuación en Andros; quizás se conformó demasiado pronto con las declaraciones de Parrott; sin embargo, Zach estaba convencido de que Parrott no hubiese podido decir nada más... Parrott, por lo visto, había estado admitiendo «mercancía» con desconocimiento de que no era Merryvale quién realizaba las operaciones...

El inspector le estaba mirando con insistencia, y Zach, por fin, le

devolvió la mirada.

—Quien sea, es en verdad escurridizo, señor... —comentó Zach.

—Evidentemente, sólo nos queda una posibilidad.

Zach asintió con movimientos de cabeza.

Y miró a la puerta, en la cristalera se había visto a alguien. Era Tanner que entraba, con algo en las manos.

—¿Qué es eso? —inquirió Zach.

—Un zapato.

—Muy interesante... ¿Piensas utilizarlo como si fuese la lámpara de Aladino?

—Más o menos.

—¡Ya basta! —estalló Zach—. ¿Qué pasa con ese zapato?

—Era de Fanny Sitter, ahora, voy a frotarlo, y... ¡he aquí!

El grueso tacón de corcho cedió, se descorrió por detrás, y mostró un hueco del que cayeron unos objetos en la mano de Tanner.

Tanner los depositó sobre la mesa, al alcance del inspector y de Zach, quienes miraban aquellas dos llaves maestras, y el rectángulo de papel, muy doblado. El propio Tanner lo estiró.

—Está claro —dijo el inspector—. Un resguardo de depósito, y la llave correspondiente...

—Hay dos llaves, señor. Son distintas... —dijo Zach.

—Sí, es cierto.

—Y detrás del resguardo, hay algo escrito, sin duda por la propia *miss* Sitter. Pienso que es una anotación correspondiente a un segundo depósito. Por tanto, entiendo que se trata de dos depósitos, y de las llaves pertinentes.

—¿Qué hora, es Tanner?

—Por favor, Zach... No vamos a abrir depósitos postales a estas horas —gruñó el inspector—. Además, quiero obtener autorización judicial. Me ocuparé de eso mañana, temprano. A las nueve o a las diez podemos estar en la Oficina Postal, y abrir esos apartados.

—Dando un margen considerable al asesino —dijo Zach.

—Cálmate, Zach; estás dando a entender que hasta podemos encontrar una fotografía del asesino en esos depósitos... ¿No es demasiado? Convéncete de que lo único que encontraremos será dinero, empaquetado, más o menos disimulado, pero sólo dinero... Eso sí, no se pierde la esperanza de hallar una pista, cualquier

cosa... Unas señas, un número de teléfono...

Alguien llamaba en aquellos momentos a la puerta, el inspector Andrews se interrumpió, y dio permiso.

Entró un técnico en investigación científica; llevaba la barba un poco crecida aquella noche.

—Todas las huellas encontradas corresponden a la puerta, señor —dijo aquel hombre—. Ni una sola más.

—¿Informe de Balística? —inquirió Andrews.

—No parece que aclare las cosas. Las características del arma ya han sido enviadas a Washington, y esperamos una respuesta.

—¿Y las huellas en el piso, y en el exterior? —inquirió el inspector.

—Son muy dudosas... Tenemos varias muestras, de hombre, y de mujer. Habrá que establecer, una por una, eso y otros detalles de la persona a que corresponda cada huella. Eso llevará un poco más de tiempo, señor. Y... —carraspeó, no nos asombremos mucho luego si corresponden al lechero, a la asistenta, al mozo de la lavandería...

El inspector frunció el ceño.

—Su optimismo es encantador, Killgreen —dijo—. ¿Algo más?

—Todo por ahora. Tardaremos unas horas en separar todas las huellas, y en poder decir quién es quién..., de un modo relativo, claro; estatura, peso, y sexo.

—Sigan, pues. El asesino, es obvio, ha estado aquí.

—Bien, señor.

Killgreen se fue.

No dejó una atmósfera optimista, precisamente.

Poco después, llegaba Ben Wilson, tras sus gestiones relativas a Lorena Crozier; sin que nadie le preguntara nada, dijo:

—Fracaso total. Estuve haciéndole otras preguntas a la vecina de mis Crozier. Sugerí a aquella mujer que Fanny Sitter podía ser amiga de Lorena; que podía haber ido alguna vez allí... Negaba rotundamente conocer a la tal Fanny Sitter. Por lo demás, esa vecina insiste en que Lorena es una chica formal.

Había ambiente de fracaso, de desconcierto.

El inspector miró su reloj; era ya casi la una de la madrugada. Luego, jugueteó con las llaves que habían permanecido ocultas en el tacón del zapato de Fanny.

—Es lo que tenemos más a mano —dijo, con voz apagada, el inspector—. Para ser positivos, debo decir que no confío mucho en el informe de esas huellas, no de Balística... Son huellas entremezcladas; Killgreen tiene razón: el lechero, el mozo de la lavandería...

—¿Lo de Duranthy está confirmado? —inquirió Ben.

Le miraron casi con rabia.

—Claro —gruñó Zach.

Bueno, no me mires así; ya sé que me aferraba a un clavo ardiendo...

El inspector cortó, diciendo:

—Si alguien quiere descansar, que lo haga. Mañana, muy temprano, iremos a ver a esos depósitos.

CAPÍTULO IX

ASÍ fue: muy temprano, sin público en el departamento de apartados postales, Zach Andregg, con otros dos agentes especiales tuvo acceso a los apartados a que correspondían las llaves encontradas en el tacón hueco de un zapato de Fanny Sitter.

Con el botín, Zach regresó a la Delegación. En el despacho, un poco impaciente, estaba el inspector Andrews.

Se notaba cierta excitación en el ambiente; el silencio expresaba por sí solo la expectación de los hombres del F. B. I.

Los dos paquetes estaban ya sobre la mesa. Uno de ellos, era un maletín rojo, tipo week-end,

y el segundo una especie de caja fuerte distribuida en un maletín plano, oscuro, con cierres difíciles, pero que parecía que no iba a crear problemas.

Zach fue el primero en hablar, señalando ambas cosas.

—El week-end se encontraba en el apartado correspondiente al resguardo legítimo —dijo—. El maletín, en el que constaba anotado por la propia Fanny, en el dorso del primero.

—Abrid —ordenó el inspector.

Uno de los agentes, Tanner, era experto.

Con un ganchillo de acero manipuló unos segundos con gran habilidad; se produjo un chasquido, y el maletín quedó abierto, fue empujado por Tanner hacia el inspector; éste se humedeció los labios. Luego, acabó de abrirlo, y empezó a extraer fajos de billetes. Dinero, mucho dinero...

Ya, rabiosamente, el inspector volcó el
week-end
vacío.

Ante el inspector se apilaban fajos que podían calcularse en no menos de doscientos mil dólares.

—Sólo dinero... ¡Sólo dinero! —masculló Zach, lleno de ira.

—Tal vez tengamos más suerte ahora —dijo el inspector Tanner.

Tanner tardó más de dos minutos en abrir el segundo maletín; en efecto, era casi como una caja fuerte portátil.

El inspector abrió la tapa. Todos apretaban los labios.

Dinero.

Fajos de billetes, muy bien colocados, distribuidos.

Pero allí había algo más; una caja de música, al parecer. El inspector la tomó, y la abrió; en efecto, una musiquilla de vals, monótona, siempre igual, surgió. Y dentro de la cajita, rutilaron, ante aquellos cuatro pares de ojos, los brillantes, el oro, el platino... Magníficas joyas; anillos, brazaletes, pulseras, collares...

—Está visto que el negocio de la trata de blancas es fabuloso —musitó Zach—. Entre las joyas y el efectivo se puede calcular en más de seiscientos mil dólares el capital...

—Lo peor es que nada de esto nos señala una pista —gruñó Tanner.

El inspector estaba sacando las joyas de la cajita de música. El monótono vals había cesado, al terminarse la cuerda.

Apareció el fondo de la cajita, vacío.

El inspector buscó en el maletín y en el
week-end
algún doble fondo, sin el menor resultado.

Miraba con ira todo aquel dinero, las impresionantes joyas; con aquel collar de perlas de dos vueltas...

—Se nos ha escapado el asesino —masculló.

Zach meneaba la cabeza; su cerebro empezó a entrar en funciones.

—Tal vez, señor —dijo—. Pero..., aunque puedo equivocarme, sospecho que estas maletas pertenecen a distintas personas; aunque Fanny tuviera ambas llaves, mi impresión es que sólo el
week-end
era suyo...

—¿Y crees que quien fuera el propietario de esta... caja fuerte le iba a dar la llave y...?

—Tal vez no se la dio, señor... Pero vayamos a mi impresión. Fanny sólo tiene dinero; su forma de enfajarlo es distinta; vean. La otra persona es más cuidadosa. Además, esta última... invierte; invierte el dinero en joyas. ¿No sugiere esto que su propietario puede ser una mujer?

Todos miraban a Zach en aquellos momentos, con un fugaz aleteo de esperanza.

—Podría ser una mujer —dijo el inspector—. Pero también hay hombres que invierten dinero en joyas, Zach.

—Sí, lo sé. Pero las joyas es algo que apetece mucho a las mujeres. ¿Por qué no sumar al dato de las joyas, el calibre más bien pequeño de la pistola que disparó contra Fanny Sitter? Dos detalles muy femeninos, señor. Desde este momento, creo poder afirmar que estamos buscando a una mujer.

—Sí, Zach; es muy probable; tus deducciones han sido brillantes. Pero dime: ¿cuál de ellas, entre el millón de Miami y Miami Beach?

—Sí, claro... Huellas. Huellas en los billetes y en las joyas —dijo Zach.

—Evidentemente, eso es algo práctico —musitó el inspector.

—Y hay más, señor. Normalmente, el comprador de joyas posee factura de sus adquisiciones —dijo Zach.

—Sí, ¿y qué?

—No veo las facturas.

—Bueno, sería ridículo que estuvieran aquí...

—En efecto, señor, pero puede que no estén por otra causa.

—¿Qué causa?

—Por ejemplo, que no existan esas facturas —dijo Zach.

—¿Qué sugieres?

—Pongamos que... esas joyas fueron robadas, señor.

—¡Robadas! Además de asesina, esa mujer, se dedica a robar...

—No quiero decir eso, señor —cortó Zach—. Esa mujer pudo comprar joyas robadas, eso es todo.

Hubo un cambio de miradas en aquel despacho.

El inspector miró a Tanner, y dijo:

—Agarra esas joyas, y a los Laboratorios. Que saquen fotografías a color, impecables, con las suficientes copias como para que

podamos desplegar a nuestro ejército de confidentes. Si son robadas, alguien las reconocerá. Hay que hallar la pista de los peritos que venden joyas robadas. Si atrapamos a alguno de ellos, y alguna de estas joyas ha pasado por sus manos, contamos con ciertas probabilidades de conocer la identidad del comprador..., o compradora. ¿No es eso lo que se te había ocurrido, Zach?

—Exacto, señor —dijo Zach, esbozando una breve sonrisa.

—En marcha, pues, Tanner.

Tanner no se hizo repetir la orden; salió con las manos repletas de oro, brillantes, perlas...

—Bueno, Zach, ¿y si no da resultado? —inquirió el inspector.

—Tenemos entre manos las posibles huellas de esa mujer, y el asunto de las joyas, señor. Y..., existe una tercera posibilidad, de la que voy a ocuparme inmediatamente.

El aturdimiento de aquella mujer era total, absoluto.

Para ella, parecía que el mundo se había vuelto al revés; todo carecía ya de sentido; nada era explicable. Tan absurdo, como si un oso razonara en un laboratorio, y un mono dirigiera una guerra atómica. Así de comprensible para ella.

Acababa de entrar en su casa, y quedó con la espalda pegada a la puerta durante casi cinco minutos, tratando de hallar una explicación lógica. Debía existir, claro... Y tenía que encontrarla, para no volverse loca.

Por fin, caminó hacia un primoroso dormitorio, que olía a un sutil perfume; la brisa de la tarde penetró en el cuarto cuando entreabrió la ventana, aún con las persianas bajas, sólo rendijas; rendijas que permitían la entrada de los rayos del agonizante sol, que proporcionaban un colorido gris y rojizo, a rayas.

La mujer se despojó del vestido, y se puso unos cómodos pantalones bahamas, estampados, y una blusita transparente; encendió un cigarrillo, y salió de la habitación, dispuesta a tomar un buen *whisky*, y reflexionar con toda la intensidad que merecía el caso.

Sentada, bebiendo a sorbitos, se exprimía el cerebro.

La lógica había de imponerse: su caja fuerte portátil, con el dinero y las joyas, no se había fugado del apartado postal. Alguien la había tomado.

Ella había estado, ante el apartado vacío, más de quince minutos víctima de una impresión que la había dejado sin color, sin riego sanguíneo. Luego, lo único que había podido hacer, era cerrar el apartado, y salir, mareada, llena de angustia.

No hizo preguntas a encargados; a nadie. Quizás hacer preguntas fuese peor, aunque..., quizás se decidiera. Podía existir el error, claro...

El error..., tal vez el suyo, aunque no comprendía qué clase de error.

Estaba sumida en sus pensamientos, cuando algo la hizo respingar. Casi derramó el *whisky*.

Se encontraba ya en pie.

Sí, no era cosa de sus oídos; sonaba el zumbador de su pisito, en aquella finca de Cherokee Street. Ella vivía en el primer piso, planta baja; incluso disponía de un pedazo de jardín.

Pensó no abrir; pensó saltar por la ventana; pensó mil cosas en diez segundos.

No obstante, acabó por cerrar los ojos con fuerza. Si perdía la serenidad, perdería algo más que las joyas y el dinero.

Fue a abrir.

Su mirada se dislocó por unos instantes al reconocer a Zachary Andregg, que estaba en el umbral, muy sonriente, mirándola a los ojos.

—Me dijiste que estabas en casa a partir de las siete, Grace —dijo el hombre del

F. B. I.

—Zach... Sí... Sí, claro.

—No veo mucho entusiasmo. ¿Me marchó?

Grace tragó saliva; debía estar horriblemente pálida, y tenía que reaccionar. Como fuese. Y se le ocurrió lo que creyó la mejor forma.

—¡Pues claro que no Zach! —exclamó—. Entra. Ha sido la sorpresa.

Zach entró, ella cerró la puerta. Y su reacción, para tranquilizarse, para serenarse, sin que él notara su pálpito de miedo, fue quedar entre los brazos de Zach y buscar los labios del hombre.

Pero encontró una resistencia firme; suave, pero firme.

Le miró a los ojos.

—Zach... —susurró, con voz ronca.

—Ocurre que los besos, antes de cenar, me producen náuseas — dijo Zach.

Ella aún estaba estrechamente abrazada a él. Zach creyó percibir que el magnífico cuerpo de Grace Nichols se estaba congelando; tal vez sólo fuese un deseo de Zach, por pura sugestión; tal vez deseaba que ella quedase allí convertida en una estatua de hielo. Y para siempre...

—Zach..., ¿qué? ¿Por qué dices eso? —susurró Grace.

—Es una particularidad mía, muy molesta, Grace.

—Es... una grosería.

—Lo siento. Es decir, no lo siento, pero no he debido decirlo. Vamos.

La agarró de un brazo, conduciéndola hacia el interior del pisito. La única claridad era el ambiente; rayas horizontales grises y moradas ya. Grace, desfallecida de súbito, no supo oponer resistencia. Pensó que tal vez se asustaba sin motivo; podía ser, simplemente, que el agente del

F. B. I.,

fuese un bruto, un grosero; hay hombres así.

Fue arrastrada hacia su habitación.

Grace empezó a interpretar que había acertado; él trataría de quitarle las ropas a zarpazos, y...

Pero no.

Aun sujetándola de un brazo, Zach, directo, tras echar un breve vistazo en torno, fue hacia el bolsito que ella había dejado sobre el tocador. Con la mano derecha, Zach lo abrió. Otra vez notaba helada la piel de Grace. La empujó un poco, alejándola. Y la mano que el hombre del

F. B. I.,

introdujo en el bolso salió armada de una pistola. Con la mano izquierda, entonces, volvió el bolso boca abajo, y cayeron diversos objetos, sin importancia, a excepción de la llave maestra del apartado.

Zach miró unos instantes la pistola. Luego, sin que en apariencia se preocupase por Grace Nichols, se dirigió hacia el teléfono que había sobre la mesita de noche. Marcó un número.

La respuesta:

—Inspector Andrews al...

—Buenas tardes; casi noches, señor.

—¡Zach! Creí que...

—Urgente, señor. ¿Recibimos el informe definitivo de Balística?

—Naturalmente. Hace horas.

—¿Cuál es el calibre del arma que mató a Fanny Sitter?

—Una seis treinta y cinco.

—Ya...

Fue cuando Grace recobró el movimiento. Estaba tan cerca de la puerta, que no intentar la huida hubiese sido una majadería. No obstante era falso que Zach no la vigilase muy atentamente. Y Zach apretó el gatillo, clavando un plomo en el marco de la puerta, lanzando un par de astillas al rostro de Grace, cuando ésta trataba de atravesarlo.

Quedó muy quieta, estremecida, de espaldas a Zach.

El inspector gritaba:

—¿Qué ha sido eso, Zach? Me ha parecido un disparo. ¡Zach!

—Cálmese señor... Se me ha disparado una pistola... del seis treinta y cinco.

Y colgó.

—Vuélvete, Grace. Y avanza.

Ella obedeció, con lentitud.

Parecía que le había caído diez años encima, de golpe.

Ajada, pálida, con los ojos apagados...

—Ahora siéntate —dijo Zach—. En ese sillón.

Ella se dejó caer.

Zach la miraba en aquellos momentos con frialdad.

—En cierto modo, debería felicitarte, Grace —dijo—. Imagino que no tienes antecedentes policiales. Debo reconocer que era francamente difícil atraparte. No obstante, ya lo ves. El

F. B. I.

ha caído sobre ti, y sólo debes esperar las peores consecuencias. Lo único que lamento es haberte atrapado aquí, y no en la Isla de Andros... Allá, todo habría sido distinta. Allá, Grace, te estaría ya arrancando la piel. Dime: ¿te informaron de lo ocurrido desde Andros Town?

Grace se limitó a asentir con unos movimientos de cabeza.

—Claro... Así se comprende tu cadena de crímenes... Había que desbaratar la organización.

—Algún día tenía que ocurrir —susurró Grace.

—Sí, en efecto. Lo malo es que hemos tardado demasiado.

—Yo pensé que podría decir basta por mí misma; sin intervención de nadie, y menos del

F. B. I.

—Eso es un exceso de optimismo, y luego, Grace... ¿No comprendes que no es posible? Explotar el negocio, y luego, con toda tranquilidad, cerrarlo. Vacaciones perpetuas; la gran vida. No. No, Grace. Siempre hay algo donde el

F. B. I.,

puede hincar el diente.

—Yo estaba eliminando esas posibilidades.

—Sí, empezando por Merryvale.

—En efecto.

—¿Le atropellaste tú misma? —inquirió Zach.

Ella se encogió de hombros.

—¿Sí o no? —inquirió Zach—. Nada va a cambiar por esa confesión.

—Lo hice. Ese crimen, además, estaba preparado desde siempre.

—¿Porqué? —inquirió Zach.

—No importa. Tenía que ocurrir. Yo le aplasté, sí.

—Y fuiste al hospital, para ver si vivía, o tenía posibilidades de sobrevivir —dijo Zach.

—Exactamente. Me tranquilicé mucho al saber que había muerto.

—Pero dijo algo: que había abandonado el negocio dos años antes. Es algo que no creí del todo, pero..., los hechos, en definitiva, han venido a demostrar que Merryvale dijo la verdad. No deja de ser extraño, teniendo en cuenta que Parrott, en Andros, me dijo que Merryvale era el jefe de la organización.

—Parrott no era muy listo, pero sí conveniente. Y como a él también le convenía la discreción, y todo marchaba como antes, ni se dio cuenta de lo que ocurría. Y no se dio cuenta por una razón: yo..., tomé el relevo, por así decirlo, de Merryvale. Yo utilizaba sus canales de operaciones; los mismos medios y métodos que él abandonó.

—Incluida Fanny Sitter.

—En efecto. Sin Fanny, yo no hubiera podido realizar durante

dos años más esas operaciones. Fanny quiso proseguir. Era ambiciosa, y más lista de lo que parecía a simple vista...

—Eso lo creo, Grace. Muchísimo más lista, incluso, de lo que tú imaginas. ¿Has llegado a alguna conclusión del por qué no has hallado nada en el apartado? Ni dinero, ni joyas.

—No sé...

—¿Alguna vez la llave de tu apartado estuvo en manos de Fanny? —inquirió Zach.

—Ella me alquiló el apartado.

—Oh..., ¡qué fácil! ¿Sabes lo que hizo? Sacó una copia de tu llave maestra, Grace. ¿No era magnífica Fanny? Pensó que el día que quisiera, podía irse con su dinero, y con el tuyo. Casi, casi, podríamos decir que es justo que la mataras.

—No sabía eso; buena jugada, lo admito. La maté porque estaba muy asustada. Admito que tenía sus razones. Era una sospechosa de primerísima fila. En realidad, después de lo de ayer en la escuela, con la presencia de Sue Dawson, la presunta siguiente víctima, Fanny estaba marcada sin remisión por el

F. B. I.

¿O no era así?

—En efecto, Grace. Y tú, inteligentísima, magnífica en tu papel, estabas donde debías estar. Supiste, entonces, que había que eliminar a Fanny. En realidad, es lógico que mataras a Merryvale, y a Fanny. Imagino que uno y otra hubieran podido delatarte. En cambio, ¿qué ocurría con Dorothy?

—Ella también podía hablar de mí, si reflexionaba. Digamos que las cosas se me presentaron bien, con la fuga de Duranthy de la prisión. Duranthy, por supuesto, nada tenía que ver con esto. Pero por cierta historia, Duranthy podía querer vengarse de Merryvale y Dorothy. Así, pues, la fuga de Duranthy me dio la idea: Matar a Merryvale y a Dorothy fingiendo la venganza de Duranthy. ¿Ha aparecido? ¿Cómo...?

—Con una pierna rota; hace muchos días ya, Grace. Le descartamos de inmediato, en cuanto a autor de los crímenes, si bien es cierto que creíamos en alguien en el momento que se trataba de Duranthy, puesto que Dorothy antes de ser asesinada pudo hablar de él; le acusaba... Dorothy, por lo visto, no sospechaba ni remotamente de ti.

—Hubiera podido salirme bien —musitó Grace—. Estrangulada la organización de Andros, y muriendo Merryvale y Dorothy, nadie, jamás, habría sospechado de mí. Yo liquidaba el negocio ¿comprendes? Pensaba irme antes de que apareciera Duranthy. Y cuando éste apareciera, el

F. B. I.,

tendría que empezar a investigar, pero yo estaría ya muy lejos.

—Fue, pues, oportuna la fuga de Duranthy.

—Sí...

—Y Fanny, supongo, te informaba de todo lo que hacía Merryvale.

—Sí. Fanny, repito, fue una colaboradora de excepción. En realidad, tanto, que íbamos al cincuenta por ciento.

—Vaya...

—¿Cómo me has atrapado, Zach?

—He estado todo el día en la Oficina Postal. Te vi frente al apartado; llegué a pensar que estabas muerta en pie, Grace.

—Casi —susurró ella, con una triste y ajada sonrisa.

—Un medio muy eficaz para saber a quién pertenecía el apartado, aunque mis esperanzas morían a medida que transcurría el tiempo. Pero pensé que el asesino tendría prisa, que yo no debía abandonar aquel puesto de observación. La paciencia, la perseverancia, me han dado el éxito. Esperábamos alcanzarlo por otros medios; huellas, por ejemplo. ¿Fueron robadas esas joyas que adquiriste?

—No sé... Tal vez.

—Por ahí hubiéramos podido atraparte también.

—Es posible. Una red demasiado estúpida, me doy cuenta.

—En efecto. Y los crímenes de nada han servido. Ni el de Merryvale, ni el de Dorothy, ni el de Fanny. Dime: más gente de la organización o sus restos. Lo digo porque supongo que los que mataron a Dorothy pertenecían a ella.

—En efecto. Pero eran los últimos. Y no disponía de más, en realidad. La cortedad de personal no impedía los resultados, y lo hacía todo más discreto.

—¿Cómo es posible que aquellos hombres localizaran a Dorothy? Sólo el

F. B. I.,

sabía dónde se encontraba —dijo Zach.

—¿Y acaso tú no eres del

F. B. I.?

—Claro... Me siguieron a mí. Tú comprendiste que yo lo sabía. Tú, por la mañana, con la excusa de entrevistar a Dorothy, estabas allí para matarla. Puesto que viste al

F. B. I.

allí, era fácil suponer que la controlábamos. Y por la tarde, en la escuela, me hiciste seguir. Tú solo fuiste allí por eso. Para mostrarme a tus hombres, y ellos me siguieran.

—Así es.

Zach la miraba con mucha fijeza.

Zach sabía que tenía ante él un monstruo, con apariencia de mujer, y hermosa, además, pero un monstruo en definitiva. Un monstruo que había que aplastar.

Lo lamentable era que no cobrase tal apariencia, verde y escamosa con cuatro horribles ojos.

Pues no. Estaba allí, quieta, patética, indefensa.

—¿Por qué lo has hecho, Grace? —inquirió Zach—. ¿Habías intervenido antes, con Merryvale?

—No...

—Pero sabías lo que él estaba haciendo.

—Sí.

—Y cuando él cesó, empezaste tú. ¿Por qué?

—Por dinero.

—¿Sólo? Has dicho que Merryvale estaba sentenciado igual... Y es extraño que sabiendo a qué se dedicaba Merryvale no obtuvieses beneficios.

—Supe esperar.

Zach meneó la cabeza.

—Esperar. Esperar a poder meter la mano en la basura y matar a Merryvale al final. ¿Por qué, Grace?

CAPÍTULO X

EN la silenciosa habitación, resonó, repetida, la pregunta del hombre del F. B. I:

—¿Por qué, Grace?

Estaba casi a oscuras. Zach encendió la luz de la lámpara de la mesita de noche. Claroscuros en el rostro de Grace; la aparición de alguna arruga, perdida la mirada...

—Todo empezó por amor —murmuró Grace.

—¿Amor?

—Merryvale y yo estuvimos casados, Zach.

—Vaya... ¿Dorothy lo sabía? ¿Sabía algo de ti?

—Es obvio. Uno y otro hubieran atado cabos, al final, de ahí que idease todo el asunto basada en la fuga de Duranthy. Éste fue otra víctima de Merryvale. Pero la peor víctima fui yo. Merryvale era un hombre... enfermizo, en cuanto a la belleza se refiere. Y yo, hace ocho años, era una auténtica belleza, Zach.

—¿Más que ahora?

—Sí, mucho más. Y con ocho años menos. Y con un millón de absurdas ilusiones. Lo que debo reconocer era que Merryvale sabía conquistar a una mujer, Zach. Era un hombre delicado, cortés, soñador... Nos conocimos en un «College» al que iba yo. Él era profesor de música y danza allí. Me enamoré de él, nos casamos...

—¿Te abandonó?

—Sin divorcio, además. Por eso, con Dorothy, y con Lorena luego, daba largas a una boda imposible, a menos que me encontrase. Me tenía muy cerca, pero yo no me dejaba ver, como es obvio.

—¿Por qué te dejó?

—Se horrorizó de mí.

—¿Qué hiciste?

—¿Yo? Nada... Nada, Zach —musitó la periodista—. Nada, de veras. No fui yo. Fue el fuego.

—¿El fuego?

—Sí... Nos casamos, y vivíamos en un *bungalow*. Pero muy lejos de aquí, en California, en la costa del Pacífico. Fueron unos tiempos felices; miel, que luego se transformó en hiel, en amargura sin límites...

—¿Qué ocurrió?

—Una noche, yo estaba sola en casa, Zach. No solíamos separarnos, pero Merryvale, a veces, asistía a alguna representación. Yo, aunque inicié música y danza, no sentía gran entusiasmo, lo que me entusiasmó fue el profesor, ¿comprendes?

—Sigue.

—Estaba yo sola, dormida. Se produjo un incendio. Ignoro aún las causas, y es claro que ya no importa. Desperté tarde, desesperada, rodeada por las llamas, cortinas, muebles, casa. Todo era una pura tea, y yo en medio, me ardía ya el camisón de dormir. ¿Cómo explicarte todo mi horror? Y no me preguntes qué hice, porque no lo sé exactamente. No lo sé. Supongo que la desesperación me indujo a atravesar las llamas, como fuese. Tenía que salir de allí, como fuese...

—Saliste, Grace. ¿Sola?

—Sí... Sí, claro. Y no recuerdo muchas cosas. Me despertaba y desvanecía de continuo. Veía el rostro de Merryvale, veía su expresión de asco. Sí, sí: repugnancia. ¿Cómo estaría yo, Zach? ¿Lo entiendes? Comida por el fuego. Ya te digo: le veía al despertar. Siempre. No sé si eso duró una hora, o un mes, no sé. Parecía que yo recuperaba mi lucidez, y descubrí que iba en barco.

—¿En barco? ¿No era delirio, Grace? En un hospital...

—No, no. Es real: iba en un barco. Te explicaré, ahorrando detalles, lo que hizo conmigo. Horrorizado por lo que pudiera ser de su vida a mi lado, si yo sobrevivía, con la cara y el cuerpo quemados, horrible, lleno de costuras y cicatrices, Merryvale, ni más ni menos, me metió en un barco, y me llevó lejos, muy lejos. No volví a verle hasta cuatro años más tarde.

Zach pestañeó, incrédulo.

—No es posible, Grace —susurró.

—Es la verdad. Tardé mucho tiempo en enterarme de dónde estaba; en una isla de Polinesia. Con negros, con hechiceros, con brujas. Llena de emplastes, de horror, de dolor. Pero Merryvale fue muy delicado desde luego: me dejó diez mil dólares.

—Pero, Grace...

—¡Compréndelo! ¡Se deshizo de mí! Con esa cobardía, con esa crueldad. Y él huyó de la costa del Pacífico, y se perdió por el país, pensando que si yo regresaba algún día no daría con él. Se deshacía de mí así: dejándome convertida en un monstruo, con diez mil dólares. Por no poder soportar la idea de lo que yo sería si sobrevivía. Eso hizo: me dejó en una isla horrible. Pero yo volví.

—No se notan tus cicatrices y...

—Me ha costado mucho dinero, Zach. Muchísimo dinero. Injertos de piel, operaciones; días y días, meses de clínica, de paciencia, de desesperanza a veces.

—¿De dónde sacabas el dinero?

—Bueno, empezaron mis tratamientos cuando ganaba dinero por mi cuenta con la trata de blancas. Yo encontré a Merryvale; yo era una bruja. Me disfrazaba de vieja para que nadie viera mi piel ni mi verdadero monstruoso rostro. Pero encontré a Merryvale. Le seguí, le espí, me enteré de todo. Y así fue como estuve preparando mi plan para intervenir. Ganaba dinero, y me sometía a operaciones.

—Y al final, ¿qué esperabas?

—Me... refocilé, por decirlo así, muchas veces pensando en la venganza; en presentarme ante él, hermosa, explicárselo todo, y acribillarle, o dejarle ciego, o no importa. Tuve que hacerlo de otro modo porque así lo aconsejaban las circunstancias.

Zach sentía la boca seca.

—Grace, quisiera comprenderte, pero eso no justifica tu sucio negocio. Trata de blancas, venta de muchachas ingenuas. Debiste pensar en lo ocurrido contigo, y lo de ellas, de hecho, es peor...

—Claro que lo pensaba, Zach, claro que sí. Pero yo lo necesitaba.

—¡Lo necesitabas! Pero...

—¿Qué hacía yo de mi vida? ¡Te he dicho que me disfrazaba de vieja para poder ir por el mundo! Zach: meterme en la cámara de gas, lo merezco, pero volvería a hacerlo. O algo por el estilo. No había más medios para conseguir dinero.

—Está bien, Grace, está bien. Soy capaz de comprender esos años que pasaste en... el infierno, se puede decir. Pero pudiste denunciar a Merryvale, obligarle a rectificar, a ayudarte, a protegerte.

—Sí, podía hacerlo, Zach, pero..., del mismo modo que se me retorció la piel, se me retorció también algo por dentro. Yo quería mucho dinero; todo lo que pudiera conseguir. Fue oportuno que Merryvale dejase la trata de blancas, por Dorothy, para que ella no confesara nada en la cárcel. Lo que Merryvale jamás imaginó, y siento no haber podido decírselo, es que yo le sucedí en el negocio, con la listísima Fanny. Así empecé a ingresar miles y miles. Y... y pude mirarme al espejo poco a poco.

—Está bien. Vístete, Grace. Nos vamos.

—Ya sé que lo que ocurrió conmigo no influirá en la sentencia, Zach, pero es la verdad. Yo ya he estado en el infierno.

—¿Quieres que te compadezca ahora?

—Bien...

—¿Y las muchachas perdidas por el mundo, en una situación que prefiero no describir, por tu culpa?

—Yo fui una especie de precedente del negocio que montó luego Merryvale.

Zach soltó un resoplido y gruñó:

—Date prisa. Prefiero perderte de vista cuanto antes.

Grace, cansadamente, se puso en pie.

Se dirigió hacia el closet del cuarto; lo abrió. Allí estaban sus vestidos; ya podía vestir como una mujer joven y hermosa, vivir como lo que había sido antes.

Y, de pronto, Grace se volvió, con el rostro transformado, agresivo, con la histeria asomada a los ojos.

Se lanzó, chillando, uñas en ristre, contra Zach.

—¡No quiero! ¡No iré contigo! ¡Maldito seas!

Zach, sorprendido por aquella reacción, tuvo el tiempo justo de detener las engarfiadas manos de Grace, impidiendo que las uñas se clavaran en su rostro, dejando unos signos imborrables. Forcejeaba, ella sollozaba, jadeaba, gritaba:

—¡Tengo derecho a vivir! ¡No he matado a ningún inocente! ¡Todos eran peores que yo!

Zach entendió que sólo podía evitar la locura desatada de Grace

de un modo; soltó la diestra, y le asestó un seco golpe, con el canto, en el cuello. Tuvo que repetir dos veces más el golpe, asombrado, ya que Grace los encajaba en plena locura.

Hasta que quedó tendida en el suelo, sin conocimiento.

Zach, con enormes gotas de sudor, la miraba.

¿Compasión...?

Era un verdadero monstruo verde, escamoso, con cuatro ojos, con apariencia de mujer.

¡Era un monstruo!

Zach tragó saliva.

Por su mente, en tonos grises y rojos, desfilaban imágenes. Un cuerpo quemado retorcido, gimiente. Hechiceros, brujas, soledad, horror...

Con paso lento, sintiéndose extrañamente cansado, Zach fue hacia el teléfono. Marcó.

El inspector Andrews estaba al aparato.

—¿Por qué colgaste, Zach? ¿Qué ocurre, dónde estás?

—Se acabó, señor. Tengo a la asesina; Grace Nichols. En realidad, la señora Merryvale. Quisiera que Tanner y Ben se presentaran aquí cuanto antes, para revelarme.

—Zach, ¿te sientes mal?

—Náuseas... Náuseas, señor...

—Salen hacia allá.

—Calle Cherokee, señor.

—Sí...

Zach colgó el teléfono.

Un cigarrillo; lo necesitaba.

Y no mirar a Grace. No. No mirarla. Ella era el eslabón perdido; ella, sí. Había sido hallado, y era todo.

Bonita noche, agradable, fresca, con una gran luna.

—Prefiero pasear, señor Andregg —había dicho ella.

Y paseaban.

Sue estaba muy bonita; era tan joven...

Por el paseo marítimo, casi a solas, ya de madrugada. Durante un buen rato, habían caminado en silencio. Zach fumaba, y miraba hacia el mar, hacia la playa plateada y solitaria.

—¿Te ha gustado, Sue? —inquirió, por fin, Zach.

Ella, con la ilusión de los veinte años, le miró a los ojos.

—Es maravilloso. ¿Y para usted, señor Andregg?

—¿No puedes llamarme Zach, demonios? —Gruñó el federal.

—Oh, sí... Sí, Zach. Pero, yo...

—Aclaremos las cosas, pequeña. Te he llevado a ver el *ballet* de Shoskorvich porque me pareció que eso te haría feliz. A mí, de verdad, me revienta un poco. Pero se trata de ti, ¿de acuerdo? Eso, por una parte, hemos salido juntos porque te prometí ir a verte, y porque, además, tengo algo que decirte. ¿Lo oyes, mocosa? No voy a pedirte relaciones ni nada por el estilo. Si quieres un amigo, aquí estoy yo. Y...

—Zach... Zach, por favor, no quería molestarle. Yo... Sólo quería decirle que todo ha sido maravilloso, y que siento que... usted no quiera repetir más veces, muchas, muchísimas veces —casi lloraba—. Ya sé que entre usted y yo hay muchas diferencias. Yo soy una desdichada ingenua, y usted es de hierro. Yo...

—Bueno, cálmate. Tengo una buena noticia para ti: te irás a Nueva York a estudiar. Tengo allí amigos, y te presentaré. ¿Te gusta?

—¡No!

—¡Cómo que no! —Casi gritó Zach, deteniéndose.

—Zach, nos estamos peleando en medio de la calle. —Nadie nos ve. ¿Qué significa tu respuesta?

—Tú dices que te revienta el *ballet*.

—No tanto, pero...

—¡Pues si a ti no te gusta, yo lo odio ya!

—Ahora, gritas tú, Sue.

—Oh... Adiós.

—Eh, un momento.

La agarró de un brazo, y la pegó a la baranda del paseo. El cabello de Sue estaba alborotado por la brisa; su rostro, puesto que estaba de espaldas a la luna se encontraba en sombras, por lo cual destacaba el brillo de sus ojos.

—Sue, tú eres una muñeca diminuta a mi lado. ¿Qué voy a hacer contigo? —rezongó Zach.

—Primero, prueba si soy de carne y hueso. Luego, decide.

—Esto... ¿De carne y hueso, pequeña?

—Ajá.

—Sue..., ¿no quieres ir a Nueva York?

—No.

—¿Por qué?

—Tú estás aquí.

—¿Yo, nena? —musitó Zach.

—Tú. E ibas a hacer un sacrificio... absurdo, Zach. ¡Dejarme marchar! Pero tienes suerte: no quiero irme.

—Muñeca..., escucha..., soy casi viejo.

—Ya soy joven yo.

—Sí... Sí, claro...

—Zach: es una hermosa noche; luna llena, trópico, mar..., amor. ¿La vas a estropear? ¿La vas a...?

No pudo seguir. La muñeca empezó a ahogarse en brazos de aquel tipo.

FIN



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

12
Ptas.

Concesionarios exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129-USA

